



CAYETANO

R. P. FRANCISCO ALVES

CAZADOR DE ALMAS

SAN CAYETANO

Imprimi potest
Mons. Dr. Albino Mensa
Secretario General y Canciller
del Arzobispado de Buenos Aires

P R E F A C I O

La Iglesia de Jesucristo es rica, riquísima en varones ilustres y santos. Esta riqueza suya de santidad, que aparece en todos los tiempos y lugares, jamás se extinguirá.

Además de los santos y siervos de Dios, que en todos los siglos son elevados al honor de los altares, hay otros innumerables que permanecieron ocultos o desconocidos de la mayor parte de la humanidad.

Tanto es así que la Iglesia, reuniéndolos a todos en una única solemnidad —la fiesta de Todos los Santos— les presta solemnísimo homenaje.

Hay también santos que, muy populares en siglos pasados, van cediendo lugar a otros más recientes, que atraen la atención y despiertan la confianza y devoción de los fieles. Pero, no obstante esta creciente devoción a los Santos de nuestros tiempos,

muchos de las eras más remotas continúan mereciendo culto y devoción particulares.

San Cayetano, llamado con razón el "Santo de la Providencia", es uno de esos héroes antiguos (1480-1547) que hasta hoy reciben un culto especial.

Muy conocido y venerado en Italia, su patria, y en otros varios países, merece él nuestra particular confianza por ser el santo de la Providencia.

Hacerlo más conocido, despertar la confianza de los fieles en su poderosa intercesión y verlo honrado e invocado, como también imitado, es lo que nos propusimos al ofrecer a nuestros lectores esta breve y modesta biografía de San Cayetano.

Este trabajo quiere presentar, al mismo tiempo, un sincero homenaje a la activa Congregación de las Hermanas de la Providencia, que, bajo la guía bondadosa de este Santo, están haciendo aquí, como en otras tierras, gran bien a las almas.

Todo, en fin, a la mayor gloria de Dios.

PRIMEROS AÑOS DE UN SANTO



En Italia, en una época muy triste, surge providencialmente la figura inconfundible de San Cayetano de Thiene.

El pueblo, agitado por los partidos políticos, ignorante y corrompido, no encuentra en el clero la ciencia y la santidad, el celo de las almas y la dignidad de vida, cualidades indispensables para una verdadera reforma de costumbres. Además de esto, la predicación de las verdades de la fe, el culto divino y los sacramentos, hasta las mismas iglesias estaban casi abandonadas.

Se había corrompido la sal de la tierra, se había extinguido el brillo de la luz del mundo...

Por aquel tiempo comenzó el paganismo, a tra-

vés de la cultura filosófica, literaria y artística, a inclinarse en la sociedad cristiana, acarreando consecuencias funestísimas.

En el norte europeo imperaba la rebelión luterana. Tomando por pretexto los abusos del catolicismo, muchos de los cuales exagerados o inventados, trataban de demoler hasta los fundamentos del dogma, de la moral y de la jerarquía.

Por todas partes reinaba desenfrenado el lujo, dominaba la ambición, imperaba la frivolidad.

Pero, como la Iglesia de Jesucristo es indestructible y tiene en sí la fuerza y la fecundidad prometidas por su divino Fundador, comienzan a aparecer, aquí y allá, no pocos hombres que, poseídos de grande fe e inmensa caridad, trataron de oponerse tenazmente a las ondas del error y de la inmoralidad.

Cayetano de Thiene es uno de los principales héroes de la revuelta del espíritu cristiano contra el espíritu del mal.

Su gran cultura, austeridad de costumbres y energía; su celo ardiente y desapego de los bienes terrenos, su espíritu de humildad y de oración, todo, en fin, en su vida es una constante y valiente oposición al espíritu de la época. Al espíritu terreno

oponía ventajosamente su continuo espíritu de oración y su ilimitada confianza en Dios, cuya Providencia no falla jamás.

Tuvo la honra de servirle de cuna la graciosa y bella ciudad de Vicenza, en el Véneto, famosa en el arte, las ciencias y la religión. Rica de memorias gloriosas, es particularmente querida de la madre de Dios, que desde su Santuario bendice y protege a su pueblo a través de los siglos.

No es en modo alguno necesario que un santo tenga por cuna una ciudad famosa, como no es menester que tenga padres nobles y ricos. Muchos son los santos oriundos de lugares desconocidos y de familias humildes. Nuestro Santo, sin embargo, descendía de familias ilustres, nobles y ricas, habiendo sido su padre el ilustre conde Gaspar Thiene y su madre la nobilísima condesa María Porto. No fué, sin embargo, sin disposición especial de Dios que él nació de familia tan conspicua, siendo que había de dar un eficaz y necesario ejemplo de humildad a tantos legos y eclesiásticos, a tantos nobles y ricos.

Entretanto, en los padres de Cayetano más resplandecían las virtudes que la gloria de la nobleza y de las riquezas. Sábese que su padre, el conde

Gaspar, era muy caritativo, prudente, piadoso, fiel a la Iglesia, a punto de defenderla con la espada en el puño en los campos de batalla.

De su madre, la graciosa condesa María, tenemos prueba de su gran piedad, de sus costumbres ejemplares, de su profunda devoción al Ssmo. Sacramento y a N. S. María Santísima.

Así que Dios, dice un historiador, quiso santificar a los padres de aquel que había de ser uno de los mayores santos de la Iglesia.

Consta del proceso de beatificación de Cayetano, que su piadosísima madre, durante el período de la gestación, no cometió culpa alguna deliberada, y eso por especial auxilio de Dios, a quien mucho agradaban las singulares virtudes de aquella alma privilegiada.

Como San Francisco de Asís, así también Cayetano, a ejemplo de N. S. Jesucristo, sólo pudo nacer en un lugar humilde del palacio y no en medio de pompas y suntuosidades.

Nuestro Santo vino al mundo en 1480, probablemente en el mes de octubre. Era el segundo hijo de los condes de Thiene. El recién nacido recibió el nombre de Cayetano en homenaje a un tío ilustre, que había tenido ese nombre porque, casualmente,

había nacido en Gaeta (de los Gaetanos) y se distinguiera como filósofo, teólogo, profesor de la Universidad de Padua y preclaro comentador de Aristóteles.

Refieren los biógrafos del Santo, apoyados en la Bula de Canonización, que la madre de Cayetano, por inspiración del cielo, colocando al hijito recién nacido ante una imagen de María, a ella lo ofreció y consagró. Hizo entonces fervorosa oración, pidiendo a N. Señora que reformase todo lo que en él había de imperfecto; que lo considerase como hijo suyo, haciéndolo grande cerca de Dios, aunque no lo fuese ante el mundo.

Tal oferta y tal oración, verdaderamente dignas de madre tan cristiana, deberían ser la oferta y oración de todas las madres.

De esta memorable fecha la condesa gustaba llamarlo "Cayetano de Santa María".

Como veremos en el curso de esta biografía, Nuestra Señora aceptó la magnánima oferta, haciéndole las veces de madre cariñosa durante toda la vida.

Desde los más tiernos años comenzó el niño a inclinarse hacia las cosas de Dios, como que fuese disponiéndose para grandes cosas, o. mejor, prepa-

rándose para la santa vida que había de llevar. Dicen que las primeras palabras que aprendió a balbucear, fueron los nombres de Jesús y María, los dos grandes amores de toda su vida.

Contando él apenas dos años, murió su padre, justamente cuando, defendiendo los derechos de la Iglesia, combatía al poderoso duque de Calabria. Muerto el marido, resolvió la desolada viuda tomar sobre sí la tutela de sus tres hijos: Juan Bautista, Cayetano y Alejandro. Reconociendo la integridad, piedad, religión, prudencia y vigilancia de esta condesa-madre, realizó el juez el pedido de ser ella misma la tutora y administradora de sus hijos. Los efectos de esa cariñosa y sabia educación luego se hicieron sentir.

A los tres años de edad reuníase el niño con otras criaturas a rezar; a los cinco años, bien instruído en la doctrina, gustaba hacer, a su modo, sermoncitos espirituales a los compañeros.

Data de ese tiempo su compasiva caridad para con los pobres. Para socorrer a los pobrecitos, cuando le era posible, después de sus funciones y prédicas, recogía limosnas entre los domésticos y, para el mismo fin, privábase de todo lo que podía disponer.

Bien pronto mostró el niño poseer una inteligencia perspicaz y pronta. La madre, deseosa de verlo progresar, no sólo en la virtud, sino también en la ciencia, hizo que a la edad de seis años él aprendiese gramática, como se llamaban en aquellos tiempos los estudios primarios. Fué alumno inteligente y aplicado, sirviendo, por sus esfuerzos, aplicación y comportamiento, no sólo de ejemplo a los colegas, sino también de consuelo y alegría para los maestros y principalmente para la madre.

Sin embargo, según el uso de aquel tiempo, como no pudiese aproximarse todavía a la sagrada mesa eucarística, hacía entre tanto su confesión, más por humildad que por alguna falta aún leve. Manifestóse, desde la más tierna edad, el ardiente amor en que estaba abrasado su corazón para con la Divina Eucaristía.

Ya entonces se podía entrever al futuro apóstol del Santísimo Sacramento.

La historia no menciona el día ni el año de su primera Comunión; hablemos, sin embargo, de la recepción del sacramento de la Confirmación, que desenvolvió en él maravillosamente los dones recibidos en el santo Baustismo, aumentando las luces y frutos del Espíritu Santo.

Así preparado y viviendo bajo las miradas y la protección de Dios y la Santísima Virgen, y rodeado de los cuidados de su incomparable madre, llegó para Cayetano la edad de quince años.

Su mayor riqueza eran la virtud y la ciencia.

Dedicóse en seguida a estudios más serios, para los cuales tenía extraordinaria propensión. Una deposición lacónica, pero muy autorizada, nos la da la Bula de su canonización, que dice: "Ejemplar en la piedad, era edificante su espíritu de oración, admirable en las limosnas y obras pías, oía o ayudaba la Santa Misa; aproximábase con frecuencia y edificante fervor a la sagrada Comunión; visitaba diariamente y por largo tiempo al SS. Sacramento; asistía con mucha caridad a los enfermos en los hospitales; vivía retirado de los peligros del mundo y caminaba siempre recogido y modesto.

Así transcurrió la infancia del grande Thiene, ilustre por su linaje y más por sus dotes intelectuales y morales.

A muchos podrá ella servir de estímulo y de ejemplo.

COMO SE PREPARA UN APOSTOL



En la edad en que se halla nuestro joven, precisamente los veinte años, no es sin gran lucha y reñida pelea que conseguirá pasar incólume por los peligros y seducciones del mundo. De todas las virtudes la que corre más peligro es la pureza, la más bella y preciosa de todas.

Cayetano, sin embargo, con el poderoso auxilio de la oración, de la mortificación y de la vida verdaderamente angelical que llevó, combate y sale vencedor, elevando el brillo de esta virtud que será todavía más bella, más sólida, más espléndida. muchos esfuerzos, mucha renuncia, muchos sacrificios internos y externos del cuerpo y del espíritu lo habrá costado semejante victoria. Esta lucha, que se prolonga a través de horas, días y años continuos,

exige, sin duda, mayor heroísmo que los combates y refriegas pasajeras en los campos de batalla.

Después de examinar, con minucioso rigor, la vida de nuestro santo, la autoridad competente declaró que él “es una imagen de pureza angélica”.

Otro testimonio dice que “era un ángel enviado por Dios a la tierra”.

Un contemporáneo conspicuo en doctrina y virtud, añade que Cayetano era “angélico de rostro y más angélico de alma”.

Cosa semejante afirma, positivamente, el proceso de canonización.

Es de creer que, particularmente en este punto, experimentó Cayetano la protección eficaz y paternal de N. Señor, a quien fuera consagrado y a quien dedicaba afecto verdaderamente filial.

No obstante, sabía que los lirios de la pureza han de ser defendidos con las espinas de la mortificación y regados con la sangre de la penitencia; razón por la que, en la guarda de los sentidos, particularmente de la vista, fué extremadamente riguroso. No consentía que ninguna mujer, aún de alta sociedad, se le aproximase para hablar, si no estaba modestamente vestida.

Su presencia, tanto siendo joven como cuando

anciano, ejercía un admirable influjo de pureza, que obligaba a quien la poseía a conservarla y a quien la perdiera, a recuperarla.

Creciendo en edad y virtud, cuando se vuelven menos graves los peligros nunca dejó, sin embargo, el rigor de la penitencia y de la mortificación.

Destinado por Dios a reaccionar contra la onda de la herejía luterana y del paganismo renaciente, debía necesariamente resplandecer en la castidad como un rayo de sol. Así preparábalo Dios y volvíase apto para el combate glorioso.

Entre tanto, además del arma de la virtud tan poderosa y necesaria, era menester que nuestro Santo poseyera también la ciencia, y una ciencia completa de acuerdo con los acontecimientos y las exigencias de la época.

Habiendo, pues, terminado con honor los estudios literarios y filosóficos, imponíanse ahora los jurídicos y teológicos. Para eso tuvo que dejar a su madre, su familia, y su ciudad natal y partir para Padua, sede de una de las más famosas universidades de toda Europa. Mucho le habrá costado esta separación; pero como se trataba de adquirir el tesoro de la ciencia indispensable a su futura misión, todo lo sacrificó a la gloria de Dios y al bien de las almas.

El nuevo centro, donde debería permanecer varios años, era de lo más peligroso, visto que acogía a jóvenes de muchas naciones poseídos de espíritu mundano, corrompido y holgazán.

Cayetano percibió luego el peligro. Redobló, por eso, sus oraciones, y penitencias, y renovó su consagración a N. Señora.

Por una feliz circunstancia pudo alojarse en casa de un pariente, encontrando así asilo seguro y resguardado y pudiendo mantener el tenor de vida que llevaba en casa.

Si una diferencia hubo fué ésta, volvióse más intenso y más generoso su fervor.

De ese período de la vida del Santo escribe un contemporáneo, "Fué Cayetano modesto en las miradas, parco en el hablar y grave en el porte, agradable en el conversar y tan amante de las virtudes, que se volvió querido a todos con su ejemplo de vida morigerada, pareciendo un ángel del cielo".

¡He aquí todo un hombre! ¡He aquí el esbozo del Santo!

Había en Padua, en aquel tiempo, numerosos conventos de Religiosos. El modesto pero sugestivo espectáculo de aquella vida de pobreza, obediencia y oración, iba despertando en su ánimo, tan bien

dispuesto por otro lado, los gérmenes de vocación depositados por Dios en su corazón desde el día del santo Bautismo. Encantado, sin embargo, con la vida religiosa, como Dios lo reservase para obra superior, no se resolvió a abrazar ninguna de las religiones allí existentes.

El 17 de julio de 1504 concluía Cayetano su vida universitaria, siéndole conferido con alabanza el título de doctor en los derechos civil y canónico. En concurso le fué conferida, además de eso, la “corona de laurel”.

Dicen de él los procesos que “era hombre doctísimo en las letras divinas y humanas”, pues, por todo el curso de su vida continuó estudiando siempre que lo permitían sus ejercicios de caridad y piedad.

El nuevo doctor regresó inmediatamente a su ciudad natal que, durante sus estudios, visitara solamente una vez, para estar con su madre ansiosa de verlo y abrazarlo. Fué ésta una visita muy rápida; pero para Cayetano, que sólo deseaba desprenderse del mundo, fué lo suficiente para satisfacer su deber filial.

En Vicenza dió pruebas de sus conocimientos jurídicos, pasando por rigurosísimo examen, lo que le

permitió inscribirse en el Colegio de los Jurisconsultos. Entretanto, lo que buscaba no eran las honras humanas. Después de maduras reflexiones y fervorosas preces, decidióse a abrazar el estado eclesiástico, que siempre le había parecido el más sublime. Pidió y prontamente obtuvo de su obispo la licencia para vestir el hábito clerical y recibir la primera tonsura, preludios de su total consagración al santo servicio de Dios.

Sus conciudadanos, muy sorprendidos, quedaron admirados y edificados al ver la profunda humildad, desprendimiento y piedad del joven Thiene.

Clérigo apenas, lejos todavía del sacerdocio, poseía ya en elevado grado el espíritu y celo sacerdotales. Como S. Francisco de Asís, el heroico restaurador del espíritu y celo sacerdotales y de la vida cristiana, comenzó Cayetano su carrera apostólica por la reconstrucción material de una iglesia. Había notado que, en su quinta de Rampazzo había solamente una pequeña capilla y ésa en decadencia, de suerte que los moradores de las cercanías estaban privados de asistencia religiosa. Decidióse, pues, a erigir allí una iglesia, proveerla de lo necesario, dotarla y, por fin, buscar un sacerdote que atendiese a lo menos a las principales necesidades espiritua-

les de aquella gente. El mismo quería ejercer allí, cuando lo permitiese su estado de simple clérigo, el apostolado entre los pobres, ya por la palabra, ya por su ejemplo de vida fervorosa.

Quiso dedicar la modesta iglesita a Santa Magdalena, grande modelo de amor generoso y penitencia admirable. Sería ella, ahora y más tarde, la protectora insigne y el ejemplo efficacísimo para cuantos tuviesen que volver a Dios por la penitencia y unirse a él por la caridad.

Fué en ese retiro de Rampazzo que Cayetano oyó más clara la voz de Dios que lo llamaba a grandes cosas. Bajo la inspiración del Espíritu Santo, después de poco tiempo, abandona ese retiro suyo y pónese en camino para Roma, en setiembre de 1505.

Antes que él trasponga los muros de Roma, veamos lo que es esa ciudad y lo que ella tiene de notable.

Roma, en cierto sentido, es la primera ciudad del mundo, la ciudad de todos los tiempos, la ciudad verdaderamente eterna. Con sus imponentes ruinas recuérdanos las mayores grandezas humanas y la vanidad de las mismas; con sus catacumbas y sus anfiteatros, predícanos las luchas y los triunfos de la religión de Jesucristo; con sus túmulos gloriosos

y sus suntuosas basílicas, convídanos a pensamientos elevados, al fervor de la piedad y a las obras santas. Capital del Reino de Dios en la tierra, sede del dulce Cristo, faro de luz espiritual para el mundo entero, ella fué siempre el atractivo de las almas nobles y la fascinación de los santos. La visitaron todos los santos, si no con su presencia personal, por lo menos con su fe y su amor. Allá maduraron las grandes empresas para la gloria de Dios; allá recibieron su bautismo las obras e instituciones que después se difundieron por el mundo universo para salvarlo y santificarlo.

También Cayetano sintió el poderoso atractivo de Roma. Mientras la mentirosa reforma luterana afilaba sus armas contra Roma, tomando por pretextos de sus ataques las flaquezas y desórdenes que, por culpa de los hombres y de los tiempos la hacían menos bella y menos digna, Cayetano, verdadero reformador de sí y de los otros, se dirigía a Roma para allí robustecer su fe y su piedad, y bajo la orientación segura del jefe Supremo, iniciar la obra reformadora.

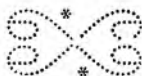
Era el propio Dios el que dirigía para Roma los pasos de nuestro Santo. Mudando de lugar no se mudaron las santas costumbres de Cayetano.

Uno de sus biógrafos dice: “Veíase andar por las calles de Roma al conde Cayetano en hábito simple y pobre: humilde, compuesto, modesto, devoto, con admiración de todos los que conocían la nobleza de su linaje”.

Breves eran sus conversaciones, suaves sus costumbres, afables y sinceras sus expresiones, con un modo de obrar tan dulce y afable que atraía el afecto de cuantos tenían que tratar con él.

Todo en Cayetano, hasta su propia amabilidad, era providencial en vista de los planes que Dios tenía sobre él. Es lo que vamos a ver a medida que lo estudiemos.

**SIRVIENDO A LA CAUSA DE DIOS
Y DE LA IGLESIA**



En aquel año gobernaba a la Iglesia de Dios el Sumo Pontífice Julio II.

Llegó a oídos del Papa que se encontraba en la ciudad el joven Thiene, cuyas virtudes oyera pregonar. Julio II, hombre y príncipe magnánimo, gustaba tener a su servicio hombres grandes. Llamó a Cayetano a su presencia, conversó detenidamente con él, lo interrogó, quedó satisfecho de él y quiso que tomase lugar entre sus familiares, por lo cual lo nombró su prelado doméstico. Este acto dejaba transparentar la intención del Vicario de Cristo: quería proveer a la reforma de su propia corte, en primer lugar.

Humilde como era, quedó el Santo perturbado

con esta inesperada honra. Aceptóla, sin embargo, por espíritu de obediencia. La Corte Pontificia se vió luego perfumada por la modestia, simplicidad y edificante piedad de Cayetano.

En 1508 fué promovido a Protonotario Apostólico Participante; honra, en aquel tiempo, muy deseada, por ser camino abierto al Cardenalato.

Cayetano entraba, pues, al servicio del Papa, en oficios y negocios importantísimos. A pesar de hallarse en la Corte desde apenas tres años, y de haber allí otros más antiguos, quiso el Papa nombrarlo, a fin de que las dotes y virtudes del Santo resplandeciesen más todavía. Y él supo corresponder plenamente a las esperanzas del Papa y a los designios divinos. De ello tenemos algunos testimonios. Un Padre salvadoriano escribe: “El santo, honrado con aquella dignidad . . . , detestaba más que nunca las delicias, la vanidad y el fausto entonces en boga entre los cortesanos. Empeñábase con santa solicitud no sólo en servir al Supremo Pastor de la Iglesia, sino también en proveer a las necesidades públicas del pueblo. Para este fin conseguía no raramente audiencias del Papa hasta para personas humildes pero necesitadas y oprimidas, y defendíales las causas con su autoridad y doctrina”.

Monseñor Caracciolo, otro testimonio, así se expresa: “En los muchísimos negocios y causas que pasaban por sus manos pertenecientes a sus oficios, o a él confiados por el Santo Padre, era tan rápido y cuidadoso que nunca negaba audiencia a quienquiera se la pidiese; y muchas veces quería que los mismos interesados marcasen la hora que más les conviniera. Cuando refería las causas al Pontífice, defendíalas con tanta sabiduría y claridad que era tenido como un prodigio de doctrina y prudencia.

Es de notar que estos importantísimos negocios, en que por oficio debía ocuparse, no le impedían continuar como antes su vida de ejemplar piedad. Lo tenían por eso, como espejo y modelo de Prelados, y el Papa Julio amábalo tiernamente y los Cardenales lo miraban con respetuoso afecto.”

Trabajó Cayetano, igualmente, por la paz entre el Papa y la República Veneciana, que estaban en lucha. Oró, hizo penitencias, ofrecióse a Dios por la paz; después, escribió a Venecia, presentóse al Papa, aconsejó y suplicó a personas influyentes de ambas partes; en fin, no descansó mientras no vio a su República reconciliada con el Padre común. Muchos fueron, en verdad, los factores de la pacificación; con todo, la acción sabia, prudente y cari-

tativa de Cayetano, fecundada por sus fervorosas oraciones, no poco habrá contribuído a calmar los ánimos.

En 1513 fallecía el Papa Julio II, gran amigo y admirador de nuestro Santo. Grandes eran el afecto y la gratitud de Cayetano para con el Vicario de Cristo y sinceras fueron las lágrimas que derramó junto al túmulo del ilustre extinto.

Subió al trono pontificio el nuevo sucesor de S. Pedro en la persona de León X, que bien conocía las dotes y méritos de Cayetano. Instóle, pues, el nuevo Papa a que continuase en la corte, prestando su valiosa colaboración al gobierno de la Iglesia. Pero esta vez venció no solamente la humilde voluntad del santo, sino principalmente la Providencia que iba a imprimir nuevos rumbos a su vida.

Libre de las ocupaciones y distracciones de la curia romana, entregado completamente al servicio de Dios, comenzó Cayetano a pensar seriamente en consagrarse estrechamente a los intereses de las almas por medio del sacerdocio. Exteriormente nada se oponía a este justo y santo deseo. Existía, sin embargo, un poderoso obstáculo interior: era la profundísima humildad de Cayetano. Por tres años continuos duró en su alma ese contraste entre

el amor y la humildad. Finalmente triunfó el amor.

Los tres años de lucha no fueron inútiles; antes, la piedad más fervorosa, las lágrimas más humildes y ardorosas y los infatigables ejercicios de caridad sirviéronle de excelente preparación al sublime estado del sacerdocio.

Cuanto más larga y fecunda fué la espera, tanto más rápida resultó la ejecución del divino querer. Conocida claramente la voluntad de Dios, los santos no demoran un instante en realizarla.

De la benevolencia de León X, obtuvo Cayetano la facultad de poder recibir, el 27 de setiembre de 1516, las cuatro órdenes menores, el 28 el subdiaconado, el 29 el diaconado y el 30 del mismo mes, finalmente, el presbiterado. Ascensión rapidísima, sin duda, pero tanto en los grados del orden como del amor.

El caso, ahora, era la humildad del santo. Maravillado ante el excelso don del Sacerdocio, su alma comenzó a pasar por un martirio continuo. Principalmente en el aniversario de su ordenación, el día se le pasaba entre lágrimas. A quien le preguntaba por el motivo de tantas lágrimas, respondía: "¿Cómo no he de llorar y estar triste, si, en este día, hace tantos años, cometí aquella culpa de pre-

sunción y soberbia, haciéndome ordenar sacerdote?" Y como para expiar lo que él llamaba su gran culpa, difirió por tres meses la celebración de su primera misa, tiempo que él consagró a la preparación para tan grande acto. Esa preparación consistió en maceraciones corporales, actos de humildad, vigili- as, ayunos, todo eso acompañado de un ardiente y apasionado amor, hasta que llegó el día de Navidad.

En esta fiesta, misterio de humildad y de amor del Verbo Encarnado, subió Cayetano al altar para celebrar el divino Sacrificio. Esto sucedió en la Basílica de Santa María Mayor, ante el santo Pesebre que allí se venera.

Experimentadas las dulzuras inefables de la inmolación divina y probados sus efectos saludables, Cayetano nunca más dejó de celebrar, preparándose, entretanto, de un modo muy singular, único tal vez en la historia de los santos sacerdotes. Cuando ninguna ocupación preponderante lo impedía, consagrábale ocho horas. ¡Con qué fervor celebraba, entonces, el santo sacrificio!

Hacía mucho que el sagrado fuego del apostolado ardía en el corazón del Cayetano. Ya había dado pruebas de su celo. Ahora, sin embargo, hecho sacerdote, pudo más fácil y autorizadamente entre-

gurse a las obras de celo por la gloria de Dios y por el bien de las almas y de la Iglesia.

Y era urgente que él entrase en la arena del combate por la causa de Dios.

En aquel año de 1517, precisamente, el infeliz fraile apóstata, Martín Lutero, tomando por pretexto la Bula de León X sobre las indulgencias, enarboló la bandera de la rebelión contra el Papa y la Iglesia, no respetando ni el sagrado depósito de la fe. La revuelta encontró terreno propicio: la ignorancia y corrupción del pueblo, de una parte del clero y de los príncipes, sobre todo la ganancia de estos últimos, le sirvieron de fuertes aliados en el envenenamiento de las almas.

El mal era grave; en lo futuro, bien se adivinaba, sería peor.

La noticia llegó a Italia, fué hasta Roma. Los hombres más candorosos en la fe sintieron la necesidad, la obligación de poner un dique poderoso a la invasión de tamaña calamidad. Lamentarse nada más, sería poco; orar no bastaría. Era menester obrar pronta y enérgicamente.

Uno de los primeros y más enérgicos en esta benéfica reacción fué Cayetano, que se sentía particularmente llamado a esa santa cruzada.

El infeliz Lutero comenzaba en aquel año su diabólico apostolado, arrastrando tras sí innumerables cristianos fascinados por la anchura de la moral protestante.

En Italia, Cayetano también daba inicio a su santísimo apostolado, que proseguiría hasta la muerte, produciendo frutos copiosísimos. Advirtió él desde luego, la necesidad de regimentar y aguerrir para la resistencia sistemática y eficiente el mayor número de fieles bien dispuestos. Con esa intuición presidía frecuentes reuniones en la Iglesia de los Santos Silvestre y Dorotea, donde tuvo origen el famoso Oratorio del Divino Amor. El amor vence y abrasa todo lo que es malo; abrasa el error y el vicio, siendo una sola cosa con la verdad y santidad, al paso que la nueva predicación luterana no pasaba de una pestilente mezcla de ocio, error y vicio.

En poco tiempo creció extraordinariamente el número de almas fervorosas, que se inscribía en el Oratorio, con no pequeña edificación de todo el pueblo, figurando entre las más fervorosas, personajes de la nobleza y el clero.

El Oratorio se transformó en una hornalla, en cuyo fuego sagrado se retemplaban almas elegidas

que, después, abrasaban a los otros, tanto en Roma como fuera.

Había en el Oratorio del Divino Amor hombres ilustres por la virtud, ciencia y posición social. De entre ellos salieron los cuatro primeros que, con Cayetano al frente, fueron los fundadores ilustres del Instituto de los Teatinos.

Cayetano, sin embargo, no obstante ser el fundador de aquel Instituto, jamás aceptó ninguna distinción, prefiriendo ser un simple asociado.

En el Oratorio era grande su actividad. Los frutos no se hicieron esperar: las iglesias y los sacramentos eran bien frecuentados, las costumbres se transformaron y la virtud se vió amada y practicada.

En su celo ardoroso encontraba el Santo tiempo no sólo para consagrar a la piedad, sino también para dedicar al servicio humilde y repugnante de los necesitados en los hospitales.

Esa grande actividad causaba admiración, pues sólo los santos conocen el secreto de tal fuerza de trabajo.

Antes de cerrar este capítulo, nos place narrar un hecho importante que le ocurrió a Cayetano. Era la noche de Navidad de 1517 aniversario de la Primera Misa celebrada por él en aquel mismo

lugar, esto es, en la Capilla del Santo Pesebre de Santa María Mayor.

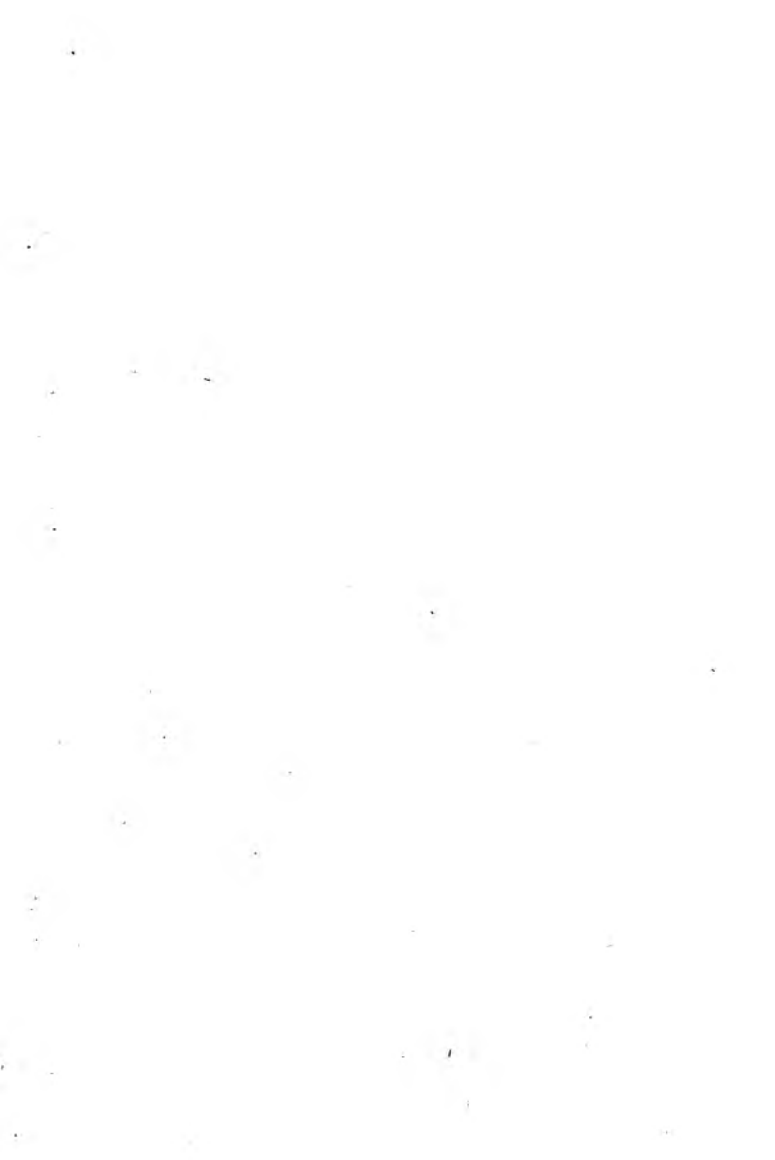
Estando absorto en la contemplación del misterio inefable de aquella noche santa, apareciósele María, la Virgen Madre, entre rayos luminosísimos, llevando en los brazos al Divino Infante. Milagro fué que el corazón de Cayetano no explotó en aquel momento y su alma no partió del cuerpo.

Esa visión encendió en su corazón ardiente el deseo de recibir en los brazos al Niño Dios. Vió, en seguida, al lado de María, la figura de San Jerónimo (cuyos restos mortales allí reposaban bajo el altar) que lo animaba a extender los brazos para recibir de las manos de María al Divino Niño. Cayetano, conmovido al extremo, extiende los brazos y ¡oh prodigio! —la Virgen se inclina y le entrega su divino tesoro, Jesús Niño todo amable y sonriente.

Nada sabemos de los coloquios del Santo con Jesús y María, en aquella hora; lo que sabemos es que, de allí en adelante, su vida se transformó en un fuego abrasador, amor de Dios y de su prójimo.

Este acto admirable está perpetuado en un grupo marmóreo, en la misma capilla donde se verificó.

PRIMERAS OBRAS DE CELO





“Fuego vine a traer a la tierra y ¿qué deseo yo sino que ella se encienda?”

Estas palabras del Evangelio, Jesús Niño, cuando estuvo en los brazos de Cayetano, sin duda se las habrá hecho oír. Lo cierto es que el Santo puso en seguida manos a la obra. Siendo su gran deseo que no sólo Roma, sino toda Italia se inflamase en amor divino, y se volviese inaccesible a la herejía luterana, puso todo su empeño en fundar en otros lugares, otros Oratorios, esto es, otros centros de piedad y fe verdaderas.

Y uno de los primeros fué, naturalmente, el de Vicenza, su tierra natal.

En 1518, al cumplir 38 años de edad, dos noticias bien dolorosas llegó a él de Vicenza: la muerte de su hermano mayor, el conde Bautista, y la enfermedad de la condesa, su madre.

Imponíasele el deber de partir para allá, a fin de asistir a la madre enferma, y decidir acerca de su sobrina de apenas diez años que había quedado huérfana de padre.

De viaje, no pudo desistir de una visita al célebre santuario de Loreto, aquella casa bendecida, donde se realizó el misterio de la Encarnación.

Al celebrar allí la santa Misa, fué tanto su ardor y tamaña su conmoción que de sus ojos corrieron lágrimas copiosísimas.

Continuando el viaje, llegó al final, a su ciudad, donde su primer cuidado fué dirigirse al hospital donde se hospedó durante toda su estada en Vicenza. No descuidada, entre tanto, los deberes de un buen hijo, pues pasaba largas horas a la cabecera de la pobre madre enferma, llevándole el conforto de su presencia, sus santas palabras y sus fervorosas preces.

Agravándose la dolencia, el caritativo hijo procuró ante todo asegurar a su querida madre una santa muerte, cual se podía esperar de aquella vir-

tuosísima señora, auxiliada y asistida por un hijo cada vez más virtuoso y santo.

Habiendo volado al cielo aquella alma elegida, como es de presumir, escribió Cayetano a un convento de Religiosas, diciendo, entre otras cosas, lo siguiente: “suplico, por las entrañas de Jesucristo, hagáis que la madre Laura me reciba como hijo, pues mi madre acaba de partir de este mundo. A mi vez, como sacerdote, siempre me recordaré de vuestro monasterio”.

Durante su permanencia en Vicenza, a pedido de una religiosa, emprendió la reforma de la vida claustral en un convento donde ella dejaba mucho que desear. Con los consejos, esfuerzos y apoyo de Cayetano, vieron las más fervorosas logradas sus aspiraciones y fundado un monasterio de observancia más estrecha. También eso contribuyó a su plan de reforma antiluterana. Pero no bastaba. Para el mismo, comenzó una acción maravillosa de piedad y de caridad entre sus conciudadanos. Consistía la misma en la asistencia moral y material a los enfermos, exhortaciones particulares, predicaciones públicas, inspiradas e inflamadas, sirviendo todo eso para encender en las almas el fuego sagrado.

Los efectos fueron muy consoladores, sobre todo

en cuanto a la frecuencia a la Iglesia y a los sacramentos. El Santo comprendió, sin embargo, que en Vicenza, como en Roma, era menester fundar un centro de piedad y caridad. Como ya había allí un Oratorio llamado de San Jerónimo, Cayetano propuso que el mismo se llamase, de allí en adelante, Oratorio del Divino Amor. En seguida reformó y mejoró el reglamento, introdujo la práctica de la meditación y la frecuencia de los sacramentos, de suerte que, dentro de poco tiempo era de allí de donde irradiaba la más fervorosa vida cristiana.

Ese extraordinario fervor tuvo, necesariamente, que traducirse en obras de beneficencia moral y social. Surgió, pues, una gran institución de caridad —el Hospital de Incurables— para lo cual Cayetano contribuyó con buena parte de su patrimonio. Y no se contentó con abrir su bolsa al hospital, sino que se consagró a él con admirable dedicación, asistiendo día y noche a los pobres enfermos y prodigándoles hasta los más humildes servicios. Acostumbraba decir: “En el Oratorio buscamos a Dios en el Hospital, y lo encontramos, porque quien se compadece del enfermo y lo abraza y lo sirve, sirve a Jesús mismo”. Tal era su purísima y sublime filosofía evangélica.

En Roma, el ejemplo del bien descendió de la nobleza al pueblo. En Vicenza ocurrió lo contrario, pues el Oratorio estaba compuesto de gente del pueblo y fué de ellos que el ejemplo, principalmente por medio de Cayetano, subió hasta las altas clases; que después se sintieron felices de poder contribuir con su óbolo y sus personas a la empresa de caridad a la cual Cayetano se había consagrado. Fué así como toda la ciudad se inflamó de su caridad.

Ahora es el turno de la ciudad de Verona. De las actividades de Cayetano en Verona ocupóse un historiador en una obra especial. En ella se lee que el santo, movido por el fuego que ardía en sus venas, encontraba siempre nuevos medios y excogitaba nuevas industrias para salvar a las almas. Había oído decir que en Verona había surgido un Oratorio. Sintió luego el vehemente deseo de ir hasta allá para visitarlo y, si fuese necesario, reorganizarlo e inflamarlo, como hiciera en Vicenza, y promover una piadosa alianza entre los dos.

Aconteció que, por feliz coincidencia, los de Verona manifestaron idéntico deseo en una carta al Oratorio de Vicenza.

En junio de 1579, Cayetano con dos compañeros se dirigió a Verona donde se efectuó la común

aspiración de los dos oratorios. Los compañeros del Santo volvieron luego a Vicenza; él, sin embargo, a pedido de los veronenses, quedó en Verona, donde hizo maravillas en favor de aquella pía Sociedad, lo mismo que a toda la población. Catecismos, prácticas, ejercicios, sacramentos, sobre todo; los sacramentos reanimaron allí la piedad.

Mientras los luteranos cubrían de barro y de vituperio el sacramento de la Confesión, Cayetano con su palabra ardiente y convincente inculcaba y conseguía la mayor frecuencia del sacramento de la penitencia. Mientras los herejes negaban y blasfemaban la Eucaristía, el Santo se volvía el apóstol más fervoroso del Santísimo Sacramento, y los altares, como los confesionarios, estaban asediados.

De ese esfuerzo incalculable de Cayetano por la frecuencia a la comunión, podemos nosotros comprender la afición eucarística de la piedad de nuestro Santo, lo que se nos muestra con más evidencia en el decurso de esta biografía. No es de admirar. Todos los verdaderos reformadores espirituales fueron así, y así deben de ser, porque toda la reforma espiritual verdadera conduce a la vida eterna, y la vida eterna será de los que se alimentan de la carne y la sangre de N. Señor Jesucristo. La Eucaristía

en Jesús y Jesús es el Reformador universal, en el cual todo se restaura.

El beato Eymard, apóstol del Ss. Sacramento, escribió a una religiosa: "Sed siempre apóstol del Dios de la Eucaristía: es una misión de fuego para los que son fríos; una misión de luz para los que no creen; una misión de santidad para las almas que aman y adoran".

A la piedad unía la caridad, esto es, el amor del prójimo en Dios y por Dios y el ejercicio de todas las obras de misericordia espirituales y corporales. Caridad ésta que no podemos considerar como cosa diversa, ni tampoco separada de la piedad Eucarística. Fué ella la idea inspiradora de los heroísmos de Cayetano para con los más miserables, que son, justamente, los incurables.

Entre lágrimas y sollozos de la Sociedad de San Cirio, se despidió de Verona, en 1519, después de haber permanecido allí cinco meses, ocupado en trabajos fecundísimos.

Regresando a su patria, fué luego llamado a trabajar en un campo más vasto que los anteriores. No debía costarle mucho el tener que abandonar su ciudad natal, pues tenía ya domada la naturaleza; mucho debía costarle, sin embargo, el dejar

sus santas obras, que, fundadas de poco tiempo antes, tenían todavía mucha necesidad de sus cuidados y amorosa solicitud.

Hizo, sin embargo, este sacrificio más y con perfecta generosidad. Resuelto a realizar este sacrificio, no sólo vendió gran parte de sus utensilios en beneficio de los pobres, sino que tuvo que privarse también de su copiosa y escogida biblioteca, lo que más hay de caro y valioso al corazón del sacerdote estudioso y santo.

Llevó a Venecia, a donde Dios lo llamaba, solamente lo más necesario. Precedido de grande fama de virtud y ciencia, no fueron menores ni menos numerosas las magníficas obras que allí realizó.

Salía de casa al romper del día e iba en procura de los pobres más necesitados para socorrerlos con abundantes limosnas. Organizaba listas de los más vergonzantes, de aquellos que no tenían valor para mendigar, para volver, después trayéndoles copiosas limosnas. No rara vez acontecía que grupos de pobres lo acompañaban hasta su casa, al lado del Hospital, y allí recibían, con el alimento del cuerpo, también el del alma, mediante instrucciones y exhortaciones saludables.

Visitaba con frecuencia a los encarcelados, los

socorría, los animaba, y si se trataba de condenados por delitos, no rara vez daba de su bolsillo la suma necesaria para libertarlos. Recorría los navíos y galeras de la República para llevar a la tripulación palabras de bondad y celo por la salvación de las almas; pero, por encima de todo —y ésta era la pasión de su corazón— visitaba a los enfermos en las casas particulares y en los hospitales; prefería a los pobres, a los humildes, pero no rechazaba a los nobles y ricos, algunos de los cuales, conociendo su virtud y sabiduría, acercábasele para recibir dirección y luces en el gobierno de sí mismos, de la familia y hasta de los negocios públicos.

Después de toda esa actividad y de muchas otras, consagraba todavía no pequeña parte del día a la oración fervorosa y a la más alta contemplación, pasando largas horas de la noche en casas de religiosos para recitar con ellos el Oficio Divino.

Conviene notar que la idea dominante en toda esa operosidad era no sólo procurar la gloria de Dios y la salvación de las almas, sino también la preservación de la invasión protestante. Oraciones, penitencias, exhortaciones, particulares, predicaciones, obras de caridad, distribución de libros religiosos, todo llevaba al mismo fin.

Resumiendo lo que Cayetano fué para Venecia, podemos decir como uno de sus biógrafos: “En Venecia, Thiene era venerado como un nuevo apóstol enviado por el cielo”.

Llaman todavía nuestra atención dos instituciones importantísimas, dos focos de piedad y caridad promovidos por Cayetano: La Compañía del Divino Amor y el Hospital de los Incurables, ambos destinados a tornar más duraderos los efectos de su celo y a constituir, al menos indirectamente, un baluarte de la fe y del espíritu católico.

A vista de documentos puédese afirmar que Cayetano es el fundador, en Venecia, del Hospital de Incurables, pues a él se debe la renovación, tanto material como principalmente moral, de esa institución.

También está fuera de duda que Cayetano se dedicó en cuerpo y alma al humilde servicio de los enfermos, atacados, muchas veces, de dolencias asquerosas y repugnantes. Componer las camas, hacer curaciones, velar noches enteras a la cabecera de los moribundos, sepultar los cadáveres, todo esto constituía la ocupación santamente apasionada del noble Prelado, que sabía tan bien cubrir las insignias de su grado con las vestiduras humildes y gro-

scras de enfermero de hospital.

Para redoblar este servicio de los pobres reclutó un buen número de almas generosas y, mientras cultivaba con afectuosa diligencia esta mimosa planta de la caridad, hacía abrirse a su sombra el germen de la piedad y santidad cristianas. Fué de ahí que surgió, en poco tiempo, un nuevo grupo fervoroso de la Compañía del Divino Amor, su obra predilecta.



EL FUEGO DEL CELO ES COMUNICATIVO



Por aquel tiempo hallábase Venecia en grandísimas dificultades, pues temía ser envuelta en dos guerras al mismo tiempo: una hacia Oriente, contra los turcos, que comenzaban a apoderarse de los territorios de la República; y otra para el Occidente, contra franceses y alemanes que ya irrumpían por la Lombardía.

La sabiduría evangélica, que es la lámpara de los santos, hizo comprender a Cayetano que las calamidades presentes y las que amenazaban, aunque efecto natural de causas humanas, no dejaban sin embargo de ser una señal y un efecto de la ira de Dios contra las iniquidades de los hombres.

A los preparativos de la defensa urgía acrecentar, o mejor dicho, hacer preceder los medios y remedios espirituales.

Ante todo, era menester ofrecer a Dios expiación por los pecados de todo el pueblo. Y, como suele acontecer con los siervos de Dios, que se colocan entre los más culpados, y generosamente se sacrifican por los pecadores a ejemplo de Jesús paciente Cayetano hizo descender sobre sí un furor de mortificaciones y penitencias; entregóse a prolongadas, humildísimas y fervorósísimas oraciones al Dios de las misericordias, castigador, pero, al mismo tiempo, salvador de los pueblos cristianos.

Promovió en seguida procesiones públicas de penitencia, hizo predicaciones especiales, instituyó devociones particularmente eucarísticas, entre las cuales la exposición del SS. Sacramento en el ostensorio descubierto a la veneración pública. En cuanto a esta última devoción afirman algunos historiadores que fué Cayetano quien la introdujo en la práctica de la piedad cristiana.

Podemos, pues, admitir (con la Sagrada Congregación de Ritos en el proceso de canonización) que, por todo cuanto hizo y emprendió Cayetano la Justicia Divina se aplacó y la República Vene-

ciana volvió a su anterior seguridad, escapando a una guerra que, humanamente hablando, parecía inevitable.

Gozó Venecia por largo tiempo de la preciosa cooperación de nuestro Santo. Ahora, habiéndose aconsejado antes con su director, parte de nuevo para Roma, donde le esperan grandes cosas. Fué en 1523. El santo contaba 43 años.

La llegada de Cayetano a Roma fué un rayo de sol para todos los que se recordaban de sus singulares virtudes; lo mismo se diga de los que habían experimentado su caridad, especialmente los cofrades del Oratorio del Divino Amor, que había crecido en número y fervor por el influjo de sus fervorosas oraciones y exhortaciones.

El Santo, celoso e infatigable, retomó inmediatamente el tenor de vida que tanto lo distinguiera antes de su partida para Vicenza.

Fué en este calor de caridad heroica que maduró en su mente el pensamiento de crear un nuevo Instituto que multiplicase en el tiempo y el espacio sus obras y su caridad. Hacía años que el proyecto se elaboraba y delineaba en la mente de Cayetano. Había llegado, finalmente, el momento de que viese a luz la concepción viva de su espíritu em-

prendedor. A propósito, el Santo de nada dudaba, a no ser de sí mismo, sintiéndose llevado a recordar a los famosos patriarcas de las instituciones monásticas, San Benito, S. Domingo y S. Francisco.

Pero allí está lo maravilloso: mientras en los otros el sentimiento de la propia insignificancia se manifiesta en una pusilanimidad tímida e infecunda, en los Santos transformóse ella en potencia invencible, porque sustentada por la omnipotencia de Dios, debido a la oración humilde y confiada. De una sola cosa quiere el santo tener plena seguridad: de la voluntad de Dios. Conocida ésta, él nada teme ya, ni siquiera a su miseria, que antes se le figura más un motivo de esperanza en la Providencia.

Fué exactamente en este momento de su vida que Cayetano mereció que le fuese manifestada la divina voluntad, no sólo por una graciosa y dulce visión, verdaderamente evangélica, por la cual le fué indicado el espíritu que debería caracterizar al nuevo Instituto.

Figurósele mientras estaba en altísima contemplación, un campo todo cubierto de graciosos lirios, entre los cuales revoloteaban y cantaban varias ave-cillas, al mismo tiempo que misteriosamente se le

daba a entender que aquellos lirios se vestían pomposamente sin hilar ni tejer, y que aquellas avechitas estaban bien alimentadas a pesar de no sembrar y recoger, sino esperando y recibiendo todo de la Providencia paternal de Dios.

Cayetano comprendió en seguida la lección y prometió ponerla en práctica cotidiana y constante tanto para sí como para los que tuviesen el valor de seguirle.

Para realizar esto con perfección era menester suprimir los recursos humanos, a fin de que triunfasen solamente los divinos. Para esto hizo Cayetano una rapidísima excursión a Vicenza, donde, por acto público, renunció a los bienes que todavía poseía, en favor de los suyos, según la norma de las sucesiones, reservándose apenas lo suficiente para socorrer a los pobres, que eran la pupila de sus ojos.

Hecho el generoso sacrificio, regresa inmediatamente a Roma. Interrumpe, empero, el viaje para una segunda visita a su Madre Celeste, en la casa de Loreto, donde ocurrió un hecho que no podemos pasar en silencio, pues nos da una idea de la grandísima humildad y piedad de nuestro Santo. Y fué el siguiente: Revestido ya de los sagrados paramentos, al salir de la sacristía para la Santa Capilla,

fué Cayetano acometido de tal sentimiento de la propia indignidad de celebrar el divino Sacrificio y de celebrarlo en aquel lugar, que inmediatamente retrocedió para volver a la sacristía. Fué preciso que los sacerdotes presentes le hiciesen ver que debía celebrar en seguida la Misa, a fin de dar lugar, de inmediato, a los que querían celebrar en aquel lugar privilegiado.

Dirigióse después, nuevamente, al altar, para comenzar la santa Misa; pero, de nuevo, fué asaltado de tamaño horror de sí mismo, que rompió en un torrente de lágrimas.

Hasta el altar quedó bañado de las ardientes lágrimas del santo, que, viéndose imposibilitado de continuar la santa Misa, volvióse para la sacristía sin haber celebrado. Este hecho denota, más de una vez, cuán grande era la humildad del siervo de Dios.

Antes de partir de aquel bendito recinto, fué Cayetano a postrarse delante de la Virgen Santísima para hacerle la oferta de su instituto que, dentro de breve tiempo, debería ser una feliz realidad. Así como su madre lo consagrara al nacer a la Virgen María; así también él quiso dedicar a

su prole espiritual a la Reina del Cielo, para que fuese siempre suya.

El Instituto de clérigos regulares no podía nacer bajo mejores auspicios.

Cayetano se halla otra vez en Roma.

Las condiciones de la Iglesia y de la sociedad en aquel tiempo (1524) ya fueron descritas más arriba, quedándonos apenas el deber de recordarlas brevemente.

De cinco llagas sufría acerbamente la cristiandad, también en Italia y hasta en Roma: el libertinaje del pueblo, el desprecio de las prácticas cristianas, la saña invasora de la nueva herejía y, finalmente, el renacimiento pagano en el pensamiento y en la vida.

Semejante dolorosa condición de cosas, con perspectivas de empeorar día a día para volverse gangrenosa e incurable, repercutía dolorosamente en el ánimo de Cayetano, estimulándolo, mientras era tiempo, a atajar la difusión del mal. Iba él a tentar todos los medios para un saneamiento radical, esto es, iba a consagrarse totalmente a la obra de la santa Reforma.

De reforma hablaban, igualmente, los rebeldes del norte y sus adeptos italianos; pero aquélla era más bien una deformación que una reforma; no era la

reforma de la vida con la Iglesia y en la Iglesia, sino la reforma de la propia Iglesia en lo que ella poseía de más santo. Querían, en una palabra, transformar su constitución, los dogmas, la moral, la propia esencia.

La de Cayetano, por el contrario, como la de muchas otras almas elegidas de aquel tiempo, era reforma, sí, pero de otra naturaleza.

Consistía en confirmar los ánimos en la fe genuina y simple tal como era enseñada por la Iglesia; en consolidar y hacer más respetada su autoridad; en mover a todos los cristianos, de cualquier grado y condición que fuesen, a vivir esa fe, conformándose en la práctica a las enseñanzas y preceptos de la Iglesia.

Pero Cayetano, de inteligencia perspicaz, experimentada y sobre todo iluminada por Dios, comprendió luego que nada de eso se podría conseguir sin un clero incontaminado, celoso y preparado. La primera, pues, de las mencionadas llagas que había que curar, era aquella que minaba una parte notable del propio clero. Pero ¿cómo conseguirlo?

He aquí el plan de nuestro santo: Reclutar clérigos entre los mejores, reunirlos, proponerles una vida perfecta o sea la vida practicada por los Após-

toles, presentarlos como modelos a los otros sacerdotes, que, a su vez, se volverían instrumentos hábiles para la reforma.

Esta consistiría en instruir al pueblo, combatir la corrupción, reponer el orden, el decoro, la piedad en las ceremonias y recintos sagrados y oponerse a la onda del luteranismo por todos los medios a su alcance.

Tal el fin esencial del nuevo Instituto, que estaba por salir del corazón de Cayetano. Los resultados correspondieron perfectamente, en la medida de lo posible, a los designios del Fundador, como se puede ver por las declaraciones solemnes contenidas en los Procesos de Canonización y en las declaraciones de los Sumos Pontífices.

La convicción unánime de los que han abordado el asunto, es que Cayetano recibió de Dios la misión especial de reaccionar contra el luteranismo, promoviendo la verdadera reforma del clero y del pueblo.

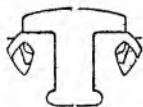
Efectivamente, si examináramos la obra de Cayetano y de sus primeros hijos, especialmente en Roma, veríamos con evidencia cómo ella se opone directa y claramente al espíritu, a los errores y a las prácticas de Lutero, y dirígese toda a la reno-

vación religiosa y moral de los ministros y fieles católicos.

Pero, dejando de lado este asunto, pasemos al capítulo de la mayor obra de Cayetano.



SURGE EL NUEVO INSTITUTO



Narraremos ahora en breves trazos la historia de la fundación del Instituto, en el cual brillan particularmente la fe, la humildad y la fortaleza de nuestro Santo. No será preciso decir que la primera sementera del Instituto de Clérigos Regulares fué el Oratorio del Divino Amor, en el cual una obra de reforma ya estaba en marcha.

Además de Cayetano, tres de los más distinguidos miembros del Oratorio formaron con él las piedras fundamentales de la Orden, a saber: Juan Pedro Carafa, Bonifacio de Colle y Pablo Consiglieri. El altísimo y generoso ideal que brillaba en la mente de Cayetano y le inflamaba el corazón, se había apoderado de aquellos tres espíritus nobilísi-

mos, los cuales con Cayetano luego se fundieron en un solo corazón, en una sola alma, en un solo entendimiento para llevar al clero a la vida apostólica y al pueblo a la vida cristiana.

Como chispa eléctrica, la santa resolución comunicóse rápidamente, encontrando en cada uno de ellos las más bellas disposiciones. Una referencia especial merece Juan Pedro Carafa, ya sea por sus dotes extraordinarias, ya sea por el modo edificante con que entró a formar parte de la Orden, ya sea finalmente, por las altísimas dignidades de que vino a ser revestido más tarde. Hombre de preclarísimo ingenio y de extraordinaria cultura, de férrea voluntad y singular firmeza de carácter, cuando vino a conocer el pensamiento de Cayetano, era Obispo de Chieti * y el arzobispo de Brindisi, lo que no era común en aquellos tiempos calamitosos. Había sido antes representante de la Santa Sede en España y, más tarde, creado cardenal y, por fin, elegido Papa con el nombre de Paulo V.

Cuando Carafa pidió con insistencia ser admitido en la Orden, Cayetano, opuso una resistencia que parecía invencible, pues no quería privar a la Igle-

* Carafa era obispo de Chieti o Teate; y, como fué elegido primer superior, a los clérigos regulares se les llama también *Teutinos*.

sia de un personaje tan distinguido y tan útil a la santa causa de la Reforma. La resistencia del santo tuvo, sin embargo, que ceder, cuando le pareció ser voluntad de Dios que Carafa figurase entre los fundadores de la Orden.

El 3 de mayo de 1524, fiesta de la Invencción de la Santa Cruz, de la cual Cayetano era devotísimo, los cuatro fueron a postrarse a los pies del Papa Clemente VII, para exponerle su proyecto y pedirle su aprobación y bendición. Los acogió el Pontífice paternalmente, admiró la generosidad que los movía, pero, como era de prever, reservóse el derecho de nombrar una Comisión de Cardenales y Prelados para que examinase la cuestión y después le comunicase el resultado.

La fundación está planeada, el pedido de aprobación está hecho; pero, de este comienzo hasta la realización completa de la grandiosa obra, la lucha va a ser reñida.

Apenas desparramada la noticia del arrojado plan de Cayetano y sus compañeros, una campaña terrible se desencadenó contra ellos y contra la empresa misma por parte de aquellos que por maldad, detestaban cualquier iniciativa de reforma. A éstos se unieron los que, por amor a una vida sosegada o por

falsa prudencia, no querían saber de novedades y hasta más de una Orden que, para susistir debería apoyarse en la Divina Providencia.

Pero Cayetano y sus fervorosos compañeros estaban de tal modo convencidos de la bondad del proyectado Instituto, que no se dejaron deslumbrar por los boatos, insinuaciones, contradicciones, calumnias y maldades de los adversarios. Solamente rezaban, rezaban mucho y esperaban, seguros de que la voluntad de Dios había de triunfar de todas las dificultades. Y las dificultades, algunas gravísimas, se acumularon y parecían insuperables.

No es de extrañar, visto que es ésta la suerte de las obras de Dios, contra las cuales conspiran el demonio que las detesta, las pasiones a las que ellas contradicen y la ignorancia de muchos que no las conocen ni estiman. Si no fuese por el poder de Dios que las sostiene, y la voluntad férrea de las almas que las propugnan, tales obras jamás verían la luz del día.

Veamos los hechos. Después de la discusión ante la comisión pontificia, discusión que duró más de cuarenta días, el Sumo Pontífice, rodeado de los miembros de la referida comisión, llamó a su presencia a los cuatro campeones de la referida Refor-

ma. El Papa, en primer lugar, mostróse contrario a la aprobación solicitada por una razón personal: no podía consentir en la pérdida de Carafa, que era obispo de dos diócesis (como vimos, y estimado auxiliar en los negocios eclesiásticos. Teniendo, sin embargo, las humildes pero decididas exposiciones de Carafa, cedió finalmente. No aconteció lo mismo con los Cardenales y Prelados, los cuales, impelidos por la opinión pública, afirmaban que el designio de Cayetano y sus compañeros era una innovación no solamente extraña, sino también absurda. No comprendían cómo ellos podrían conciliar las dos formas: la de la vida activa y exterior, propia de padres seculares, y otra de vida regular, esto es, sujeta a una regla y a los votos y a toda la disciplina esencial a la vida religiosa.

Querían decir, en otras palabras: o se es sacerdote o se es fraile; o secular o regular, pero ambas cosas, al mismo tiempo, esto es lo que no marcha. La dificultad, sin embargo, era más aparente que real y a Cayetano no le fué difícil disiparla.

Ante todo, no era una novedad lo que él pretendía: una renovación, eso sí. Ya en tiempos pasados esas dos formas de vida habían sido practicadas. Los Apóstoles, cuando lo permitían sus especiali-

simas condiciones, habían puesto en práctica ese método, especialmente en cuanto a la pobreza. En el decurso de los siglos, aquí y allá, en varias épocas, lugares y modos, numerosos Obispos promovieron la vida común del Clero bajo ciertas formas de vida religiosa, con inmensa ventaja para el Clero y el Pueblo. Tratábase ahora de fundar un Instituto con el mismo fin, pero no de carácter local, sino general, que pudiese extenderse a todos los lugares y a todos los tiempos. A lo que no se oponía, de modo alguno, ni la práctica ni la doctrina de la Iglesia. No se trataba, además de eso, de hacer obligatoria a todos los sacerdotes esa reforma de vida, sino solamente de reclutar una porción de almas generosas que estuviesen a la disposición de la Iglesia y de las necesidades espirituales del pueblo.

Corresponde a Cayetano el mérito de haber sido de los primeros en concebir y realizar este tipo completo de Clérigo Regular, que, bajo variadísimas formas, tiempos y lugares, había de servir de modelo a innumerables congregaciones.

Los argumentos del Santo, con su sello de verdad, sinceridad y celo, y perfumados de humildad, salieron victoriosos sobre el ánimo del Papa y de los Cardenales; de suerte que Clemente VII, admi-

rado de la gran fe de nuestro Santo, habría exclamado, como Cristo: "Non inveni tantam fidem in Israel".

A los 24 días de junio de 1524 se publicaba la Bula Pontificia de Clemente VII por la cual se creaba en la Iglesia de Dios la nueva Orden, que se llamaría de los Clérigos Regulares. Estos debían ser pobres, pero no mendicantes, y dependerían directamente del Santo Padre. Podemos imaginar el júbilo de Cayetano y de sus dignos compañeros viendo coronadas sus más ardientes aspiraciones. ¡Y cuál no sería la gratitud de los mismos para con la Santísima Virgen a quien el Santo atribuía de modo especial tan señalada gracia!

Queriendo profesar en la más completa pobreza, trató Cayetano de despojarse de todo. Renunció a cuanto poseía, no reservándose nada, ni siquiera los títulos, beneficios y oficios.

Memorable resultó en Roma, la conmovedora ceremonia de la profesión de Cayetano y sus compañeros, realizada el 14 de setiembre de 1524, fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz.

Quiso el Papa que un delegado suyo, D. Bonziano, obispo de Caserta, recibiese los votos de ellos en nombre de la Iglesia. En el día señalado se diri-

gieron los cuatro aspirantes a la Basílica de San Pedro, donde, habiendo asistido a misa y comulgado de manos del delegado papal, pronunciaron los votos de pobreza, castidad y obediencia, en presencia de gran multitud de prelados, religiosos, sacerdotes y fieles, con mucha edificación de todos. Era el primer acto de apostolado del Instituto.

Después de haber asistido a esa escena, de verdaderos héroes, se espera un primer acto de Cayetano como religioso. Contaríamos, ciertamente, con un gesto de orden, de mando; pero nada de eso; su primer acto fué de profunda humildad. Debería, naturalmente ser él el jefe del novel Instituto; así lo pensaban también los compañeros; pero a eso se opuso Cayetano con tanta fuerza que la elección recayó sobre Carafa, uno de los más persuadidos de que Cayetano debía ser el Superior. Fué grande la lucha entre los dos grandes.

¡Qué ejemplo para aquellos que empleaban violencias y celadas para ser los primeros! Dicen los biógrafos que este gesto de Cayetano, en las íntimas convicciones del santo, no fué sino un medio de declinar la honra de Superior; pero fué, al contrario, industria habilísima para hacer creer que el mérito de haber ideado, promovido y fundado la

nueva Orden pertenecía a Carafa y no a él. Era muy propio, a la verdad, de su humildad, el ocultarse a los ojos del mundo.

En aquella ocasión, y aun más tarde, muchos afirmaron que el principal fundador de los Clérigos Regulares fué realmente Carafa. Pero, a vista de irrefragables documentos históricos y oficiales, la primera paternidad de la nueva Orden debe ser atribuída a Cayetano solamente. El es el fundador de los Clérigos Regulares.

No obstante haber apartado de sí la honra del Superiorato, continuaba Cayetano, por sus extraordinarias virtudes, siendo el modelo y guía en el espíritu y en la práctica de aquella Orden nacida de su corazón.

El primer Clérigo Regular era siempre él y el ejemplo vivo de los otros. Lo mismo se diga con respecto a todas las virtudes religiosas, muy particularmente en lo tocante a la pobreza. No debían poseer ni buscar cosa alguna. Pero ¿no sería eso condenarse a la muerte por inanición? Si fuese la voluntad de Dios, sí; también a eso estaban dispuestos; pero entretanto Cayetano estaba seguro de que la Providencia cuidaría de ellos. Su confianza en la

Divina Providencia no era menor que su amor a la pobreza.

El insigne historiador Cardenal Baronio, sesenta años más tarde, queriendo narrar lo que viera con sus propios ojos, durante su permanencia de algunos meses entre los clérigos regulares de Nápoles en sus anotaciones al Martirologio Romano, escribió: “Los Clérigos Regulares observan santamente la primera vida apostólica”.

Considerándose que tal pobreza absoluta debía ser profesada no sólo por un hombre y por poco tiempo, sino por innumerables seguidores del Fundador, siempre y por todas partes, es de admitir que Cayetano o era temerario o era inspirado por Dios. Es que realmente había sido inspirado por Dios, no hay duda, pues jamás les faltó el socorro generosísimo de la Divina Providencia. Tenemos a propósito testimonios autorizados de hombres insignes y de Soberanos Pontífices.

Clemente VII, que privaba con los Teatinos, a punto de pasar horas enteras en la biblioteca de los mismos y de sentarse con ellos a la mesa, decía: “La Religión de los Teatinos es un verdadero y continuo milagro”. A los Clérigos Regulares, postrados a sus pies, Urbano VIII, entre otras cosas, dijo: “El Ins-

tituto de vuestro Santo Fundador Cayetano es un prodigio de pobreza y un milagro continuo de la Divina Providencia". Y en la Bula de Canonización el Pontífice llama a Cayetano hombre de vida

Lo más maravilloso, sin embargo, es la fe que caracterizaba al espíritu, la palabra y la obra de Cayetano; fe que no vacila, antes bien es segura, tranquila, serena, como si ya poseyese lo que espera, como si tuviese el derecho de recibir a Dios y deber de dar.

Un ilustre religioso definió con exactitud a Cayetano como el gran Patriarca de la confianza en la Divina Providencia; y a su Obra, como la que tomó sobre sí el encargo de hacer brillar la Providencia, atributo de que Dios se precia en modo singular.

Otro religioso no menos docto escribió: "A tamaña pobreza debía corresponder tan gran fe; a tamaña fe debía corresponder tan grande Providencia. Misteriosa y santa porfía entre el hombre y Dios".

La historia del Instituto de los Clérigos Regulares registra innumerables hechos singularísimos y no pocos milagrosos, los cuales demuestran que la confianza de Cayetano jamás fué confundida. Basta recordar que los Clérigos Regulares se multiplicaron

ron en Italia y fuera de Italia, fundaron casas, levantaron Iglesias suntuosas, crearon millares de obras, no excluída la de las Misiones, y todo eso con los recursos que les envió la Divina Providencia.

No debemos creer, sin embargo, que nuestro Santo, aunque nada pidiendo a los hombres, no fuese muy agradecido para con aquellos que eran para él ministros de la Divina Providencia. Reunía, por eso, los nombres de los benefactores y mandaba que fuesen leídos en las horas de las refecciones, para que los cofrades, dirigiéndose después a la iglesia, orasen por ellos.

Toda la sociedad para gobernarse y ejercer actividades, necesita de leyes e instituciones que, inspirándose en el fin especial de esa misma sociedad, ayuden a todos y a cada uno de los miembros a conseguir el anhelado fin. La doctrina, la experiencia, la rectitud, la prudencia y sobre todo la santidad de Cayetano contribuyeron a dar a la nueva Institución un cuerpo de leyes tan sabias, tan oportunas y tan santas que despertaron la admiración de altos personajes que la conocieron y estudiaron, mereciendo hasta especial encomio de la Congregación de Ritos.

El ideal que se dibujaba ante el espíritu de

Cayetano era: armonizar en los religiosos del nuevo Instituto la vida exterior y activa de ministerio y apostolado con la vida recogida y austera de oración y mortificación. Por lo tanto: ni sacerdotes seculares solamente, ni tampoco frailes, sino una cosa y otra al mismo tiempo.

De acuerdo con ese nobilísimo ideal compuso Cayetano las Reglas, tomándolas principalmente del Evangelio, de los Hechos de los Apóstoles y de los Santos Padres: las fuentes más puras de la vida perfecta, religiosa y eclesiástica.

Varias veces, en el decurso de esta biografía, hemos notado que Cayetano, lo mismo que otros espíritus elegidos de aquel tiempo, había recibido de Dios, la misión especial de oponerse a la naciente herejía luterana, a fin de preservar a Italia de tan pernicioso cisma.

La herejía, la revuelta contra la Iglesia, comenzaba a extenderse por las principales ciudades italianas. El Santo realizó todos los esfuerzos para extinguir aquel incendio; pero vió que sin un órgano oficial de represión de la herejía, la lucha sería poco eficaz. Verdad es que, junto a la S. Sede nunca faltaron órganos oficiales de combate contra las herejías; pero, como suele acontecer con las

cosas humanas, esos tribunales se habían vuelto ineficaces, los propagandistas del error ya no los temían. Impresionado con el creciente peligro que corría Italia y la propia sede del catolicismo, esforzóse Cayetano por la renovación o creación de un tribunal que funcionase con mayor energía y regularidad. Y eso él lo consiguió, cuando Carafa fué elevado al Cardenalato, durante el Pontificado de Paulo III. Por fin, elevado al trono de S. Pedro, Carafa volvió el Tribunal del Santo Oficio temible a todos los innovadores y a sus fautores, trayendo esta medida mucho provecho a la unidad religiosa de los pueblos, principalmente de Italia.

Volvamos, sin embargo, a la pequeña familia espiritual de Cayetano. Saliendo de la Basílica de S. Pedro, los cuatro profesos se dirigieron a una modesta casa en el Campo Marcio.

El primer cuidado del nuevo sodalicio fué arreglar la iglesia, casa de Dios y de las almas, con toda la diligencia que le inspiraba la vivísima fe en la Majestad de Dios y el deseo del bien espiritual de las almas tan necesitadas.

La Iglesia, preparada con celo inteligente y amor generoso, volvióse luego un campo de infatigable apostolado de aquellos fervorosos religiosos. Incan-

sables en el confesionario, angélicos en el altar, abrasados en el púlpito, en poco tiempo hicieron de aquella iglesia un centro de ardiente piedad. El pueblo, no habituado ya a semejante espectáculo, quedaba estupefacto. No pocos padres seculares, que habían abandonado la predicación, con el ejemplo de los nuevos apóstoles, volvían a ella de nuevo; otros, más iluminados y de espíritu más generoso, pidieron ser admitidos en el reciente Instituto.

Muchos ricos, maravillados y edificados con la conducta ejemplarísima de aquellos religiosos y particularmente con su pobreza absoluta y confiada sólo en la Providencia, llevábanles sus ofertas generosas y espontáneas.

Pero Cayetano, de acuerdo con el sabio Carafa, temiendo que la abundancia de limosnas no sólo socorriese a la pobreza, sino que también fuera la muerte de ella, ordenó que todas las mañanas se distribuyese a los pobres todo lo que sobrara del día anterior, a fin de eludir la providencia humana y dar lugar a la Providencia celeste.

El año de 1525, proclamado por Clemente VII Año Jubilar, proporcionó a Cayetano y a sus compañeros la feliz oportunidad de multiplicar más y

más las obras de celo y difundir aun afuera de Roma la fama de su santidad. A propósito escribe D. Tomás Caracciolo: “En el tiempo del Jubileo, Cayetano y sus religiosos emprendieron todas las actividades de un verdadero celo apostólico, y con fervor tan constante e incansable, que, quien los observaba, no se cansaba de admirar cómo tan pocos operarios pudiesen cultivar un campo tan vasto y conseguir una cosecha para la cual sería necesaria una multitud de misioneros. Oían las confesiones de los penitentes en las iglesias, predicaban en las plazas la palabra de Dios, exhortaban e instruían a los peregrinos en los albergues, visitaban a los enfermos, en los hospitales (repletos de enfermos debido a la peste) y en las horas indicadas iban a las puertas de Roma a recibir y acompañar los forasteros a la basílica de S. Pedro, dándoles instrucciones y recuerdos”.

Por último, tenemos la palabra del P. Oliva, General de la Compañía de Jesús, el cual, refiriéndose a Cayetano y a sus compañeros, dice: “Vivían ocupados en la santificación propia y en la salvación del prójimo con tal admiración de Roma, que nadie comprendía cómo hombres hechos de carne pudiesen llevar vida tan ajena al cuerpo, tan angélica,

pobre, solitaria y enamorada del cielo y de las almas”.

Todo proseguía según los intentos del Fundador. Una preocupación, sin embargo, no le daba sosiego: La casa en el Campo de Marte estaba muy cerca de habitaciones seculares y, para la piedad, las distracciones eran muchas, muchas las visitas de amigos y admiradores.

Cayetano y sus compañeros resolvieronse, pues, a mudar de lugar, no por huir al trabajo intenso, sino para poder entregarse más libres y santamente no sólo al ministerio, sino también a la piedad.

Por intermedio de D. Gilberti, grande amigo del nuevo Instituto, encontraron una morada en la cuesta del Monte Pincio, entonces lugar completamente solitario. Era una casa apartada, incómoda, tosca, mas por eso mismo tanto más del agrado de Cayetano, el cual juntamente con los suyos allí entró alegremente en 1526, después de una permanencia de casi dos años en el Campo de Marte.

Mudando de residencia, no mudaron de vida; o, si mudaron, fué para volverla más perfecta, más santa.

**DE NUEVO EN VENECIA - INTENSO
APOSTOLADO**



Lo que vamos a narrar en este capítulo es verdaderamente vergonzoso para la humanidad y la civilización, pero glorioso y heroico para nuestro Santo. Es una página de sangre y de luto, que tiene en la historia el triste nombre de "Saqueo de Roma", uno de esos episodios, cuya narración pormenorizada deshonraría hasta a aquel que osase repetirla.

Andaban los príncipes italianos preocupados con el poder adquirido en la península por el emperador Carlos V, el cual, como Señor de Lombardía y Rey de las dos Sicilias, tenía en las manos las dos llaves maestras al norte y al sur de Italia. Formaron, pues, una liga a fin de premunirse contra mayores peligros de parte de España, que amenazaba adquirir en Italia una preponderancia absoluta.

Sabiendo el propósito de la Liga, Carlos V, que no era nada amigo de los italianos, resolvió castigarlos de manera ejemplar. Dió, pues, orden a sus soldados de que marchasen sobre Roma, la capital siempre codiciada.

Al mismo tiempo descendían de los Alpes millares de lansquenets alemanes, reunidos de todos los puntos de Alemania, llenos de odio luterano y deseosos de caer sobre Roma, que esperaban depredar y saquear a su gusto. El comandante de ellos —Jorge de Frundsberg— grande partidario de Carlos V, llevaba atados a la silla de su caballo algunos lazos de seda, con los cuales (decía) había de estrangular a los cardenales y un cabresto de oro para ahorcar a Clemente VII *el último Papa*. Aquel infeliz, sin embargo, no llegó siquiera a ver las cúpulas de las iglesias de Roma, visto que, cuando ya ponía los pies en los Estados Pontificios, cayó herido de apoplejía, muriendo repentinamente. Viendo que, entre tanto, era imposible el apostolado externo, Cayetano se retiró al Monte Pincio y redobló sus oraciones y obras expiatorias, ofreciéndose como víctima por perseguidores y perseguidos.

Allí lo esperaban grandes martirios. Y el primero fué el de la pobreza. Como sabemos, él y sus com-

pañeros vivían de la caridad pública no mendigada sino espontáneamente ofrecida. El huracán desencadenado sobre Roma no permitía, claro está, que los benefactores corriesen en auxilio de los siervos de Dios. El mismo Cardenal Giberti, insigne benefactor de los Clérigos Regulares, fué preso, encarcelado y condenado a muerte y, si no hubiera sido por la intervención del poderoso Cardenal Colonna, habría subido al patíbulo que le estaba preparado.

En tales aprietos —no teniendo a veces un pedazo de pan para matar el hambre— fué prodigiosa la fe junto a los hombres, prefirió poner su confianza únicamente en la Providencia, convencido de que ni él ni sus religiosos serían abandonados. Y Dios se preocupó del sustento de sus fieles siervos.

La violencia feroz de los saqueadores amenazaba ahora también a Cayetano y a su familia religiosa. Un antiguo doméstico de Cayetano, de nacionalidad alemana, habiendo renegado de la fe católica, se había alistado en el ejército luterano que entró en Roma. Ese pésimo individuo, recordándose de que la familia Thiene era muy rica, y habiendo descubierto el paradero de Cayetano, atizó la codicia de

sus compañeros, induciéndolos a ir a la casa religiosa de Monte Pincio en busca de grandes tesoros.

Invadieron repentinamente la casa de los pobres religiosos, exigieron los pretendidos tesoros, los amenazaron de muerte, revisaron toda la casa y, no encontrando sino la mayor pobreza, quedaron todavía más enfurecidos. Pasaron, luego, a maltratar a los religiosos, especialmente a Cayetano, que tuvo que soportar un martirio horrible.

Este primer asalto a la casa religiosa había sido perpetrado por soldados alemanes; otro debía seguirse luego por parte de un grupo de soldados españoles, menos feroces en el odio a la religión, pero iguales a los primeros en la avidez de riquezas.

Cierto día, estando los religiosos reunidos en oración fervorosa, irrumpe en el santo lugar un escuadrón de furiosos españoles decididos a descubrir al ambicionado tesoro, que los alemanes no habían encontrado. Cubrieron a los religiosos de blasfemias, insultos y golpes, para obligarlos a decir dónde estaban ocultos los tesoros. Viendo que nada conseguían, metieron a los religiosos en las cárceles de Navona y del Vaticano, donde los fieles siervos de Cristo pasaron días de crueles angustias. El 6 de junio de 1527 fueron finalmente libertados de la

prisión por intermedio de un oficial español que se compadeció de ellos. Cayetano y sus compañeros se dirigieron, en seguida, a la basílica de S. Pedro para rendir gracias a Dios. Allí los esperaba un lastimoso espectáculo: la soldadesca saturada de impiedad y codicia había transformado aquel santuario augustísimo en un lugar de desolación y de las más horribles abominaciones.

Aquellos santos religiosos debían, en fin, tomar una decisión. Ya había experimentado todo: el animoso apostolado por las calles de Roma, que no produjo el fruto deseado; la vida retirada de oración y penitencia en el Monte Pincio, con el éxito que vimos; finalmente, la prisión. ¿Qué les quedaba todavía?

Acordándose del aviso de Jesucristo: "Si fuereis perseguidos en una ciudad, huíd a otra", resolvieron dejar a Roma. Entregaron a los cuidados de la Providencia la casa del Monte Pincio, y llevando consigo nada más que un crucifijo, el breviario y una gran fe, se dirigieron al puerto de Ostia, donde, finalmente, embarcaron para Venecia.

Todo esto, sin embargo, fué un milagro continuo de la Providencia, pues consiguieron pasar entre

las guardias y soldados, llegar hasta Ostia, encontrar, en fin, quien los llevase hasta Venecia, no teniendo ellos recurso alguno cosa que sólo Dios lo podía hacer.

Cayetano es, en verdad, el Santo de la Providencia.



EL SAQUEO DE ROMA - SUFRIMIENTOS



Cuando la ciudad de Venecia se enteró de la llegada de Cayetano, recordando los prodigios de caridad por él obrados en otro tiempo, le salió presurosa al encuentro para manifestarle su gran afecto y veneración. Muchas familias adineradas le ofrecieron hospitalidad; pero él, amante como era de la pobreza, prefirió para sí y para sus compañeros una casa pequeña y pobre junto a la Iglesia de S. Gregorio.

Terminó al fin el superiorato del Padre Carafa y, no obstante los ruegos y lágrimas de Cayetano, prevaleció la voluntad unánime de sus cofrades que lo proclamaron Superior.

El se mostró digno, como siempre, de ese alto

cargo, pues aliaba, a una vida ejemplar, firmeza en mandar, mansedumbre, prudencia y sobre todo grande afecto hacia el Instituto que había fundado con tanto sacrificio.

Como Superior trató Cayetano de conseguir una casa, donde pudiese no solamente desenvolver mejor su apostolado, sino también hacer más regular la observancia religiosa. La Providencia, como de costumbre, acudió en su auxilio. Una cofradía le cedió la casa, iglesia y auxilios para instalarse con sus religiosos. Cayetano aceptó la oferta con ánimo agradecido y al fin de 1527 pasó a la nueva residencia.

Como la Iglesia era pequeña para su gran celo, la primera cosa que hizo fué ampliarla con las limosnas del pueblo y su confianza irrefragable en la Providencia. Apenas ampliado el templo, se dedicó al decoro y esplendor del lugar sagrado y del culto divino. Las funciones sagradas fueron, de ahí en adelante, celebradas con gran pompa y solemnidad, lo que atrajo a aquella iglesia una concurrencia extraordinaria de fieles. Y era éste uno de los medios más eficaces para conservar la fe y reformar las costumbres.

Varios historiadores, y con ellos la Sagrada Con-

gregación de Ritos, aseveran que, en aquella época, los venecianos dirigíanse a Cayetano como a un oráculo, tanto resplandecían en él la piedad, la prudencia, la doctrina y la caridad.

Esto se manifestaba mayormente en el santo ministerio de la confesión. Los más nobles patricios, como los más humildes hombres del pueblo a él recurrían, seguros de encontrar en él el perfecto representante y sagrado ministro de las misericordias divinas. No sólo acogía con bondad a los pecadores, confortándolos y absolviéndolos, sino que reservaba para sí las penitencias más difíciles, haciendo en lugar de ellos ayunos, vigiliass, abstinencias y flagelaciones.

Llególe por aquel tiempo la noticia de que Lutero, con el intento de pervertir más seguramente al pueblo, había traducido al alemán los cuatro evangelios, desparramando en larga escala esa traducción deliberadamente falsificada.

Cayetano, a su vez, mandó imprimir en pequeño volumen los cuatro evangelios como la Iglesia nos los propone, y ordenó que cada uno de sus religiosos trajese siempre consigo un ejemplar de los mismos, leyéndolo todo en el plazo de un mes. Además de eso, cada día, debían meditar un capítulo

del precioso librito, a fin de poder explicar al pueblo el sentido general de las palabras de N. Señor Jesucristo.

Quiso también que la costumbre de llevar consigo y de leer el precioso volumen se extendiese a los que supiesen leer y conociesen el latín, lo que, en Italia de aquella época era una misma cosa. Mostraba Cayetano también en ese particular su espíritu práctico y esclarecido en el combate al error y a la herejía.

En 1528 dos terribles calamidades, tan frecuentes en aquellos tiempos, pesaron sobre Venecia y otras partes de Italia, ya bastantes probadas por las guerras.

Primeramente la carestía. El gobierno veneciano se había esforzado por prevenir el terrible flagelo del hambre; tuvo, sin embargo, su territorio invadido por grandes caravanas de famélicos que huían principalmente de Lombardía, donde la escasez de víveres era tremenda.

Cayetano, el hombre de la Providencia, fué verdaderamente una providencia para aquellos miserables. La casa de los Clérigos Regulares se volvió el punto de reunión de los pobres hambrientos. El Santo les daba de comer y les daba a todos y todos

los días. ¿Y de dónde sacaba tantos víveres? Su gran fe era la moneda de oro, que le habría los tesoros de la Providencia, la cual nada dejó faltar ni a la familia religiosa ni a aquellos infelices, que Cayetano consideraba una sola familia con la suya.

Al hambre siguióse la peste. La peste, en Venecia, duró probablemente tres años, durante los cuales Cayetano renovó los heroísmos de Roma. Abrióse en Venecia un Lazareto donde el Santo y sus compañeros practicaban actos de heroísmo. Entre los apestados, amontonados en el Lazareto, el Santo hizo las veces de sacerdote, médico, cirujano, enfermero, sirviente, hermano, amigo y padre, esto es, todo para todos con una paciencia, tolerancia, abnegación y caridad indescriptibles. La propia Bula de Canonización recuerda con admiración el heroísmo de Cayetano, que exponía siempre y animosamente la vida en la asistencia a los enfermos. Y la Providencia veló siempre sobre él y sus religiosos, pues ninguno contrajo la peligrosa dolencia.

Algunas paredes de la casa religiosa amenazaban caer por tierra. Cierta caballero se apresuró a prestar al Santo sin condiciones, cuarenta zequíes (monedas de oro) para aquella obra. Ahora bien, apenas terminadas las negociaciones, el acreedor

presentóse exigiendo la restitución de aquella cantidad, amenazando con recurrir al magistrado o usar de la violencia. Cayetano, completamente desprovisto de recursos, suplicó al caballero que tuviese paciencia, que todo le sería restituído. Todo fué en vano: las amenazas continuaron. Confiando en la Providencia, dijo el Santo al intransigente acreedor que volviese al día siguiente a tal hora. Al día siguiente, a un llamado del portero, acudió Cayetano a la portería, pensando que se trataba de un llamado urgente para algún enfermo. Pero no era eso. Allí estaba un bellissimo joven, gentil y modesto, el cual, entregando al santo un sobre, dijo: "Reciba, Padre, esta limosna que Dios le envía para alivio de sus necesidades". Dicho esto, desapareció como un relámpago.

En el mismo instante presentóse, también, el inexorable acreedor. Cayetano abre allí mismo el sobre y ¿qué es lo que encuentra? Cuarenta zequíes de oro, ni más ni menos. El Santo, haciendo oportunas reflexiones sobre la Providencia, entrega al acreedor aquella suma que milagrosamente acababa de recibir. Aquel hombre estaba delante de un Santo. Acababa de presenciar un milagro. Conmovidó, devolvió a Cayetano aquella suma, rogándole que la emplease en lo que fuere menester.

D. Giberti, obispo de Verona, había comenzado en su diócesis una saludable reforma. Pero, retenido en Roma —como vimos— escribió a Carafa, suplicándole que fuese a Verona a continuar la obra reformadora. Obtenido el consentimiento de su Superior, fué Carafa a atender el deseo del celoso Pastor, obrando allá un gran bien.

No contento con todo esto, D. Giberti consiguió que Cayetano enviase a Verona un grupo de siete religiosos, que se establecieron junto a la Iglesia de N. Señora de Nazareth. El bien que hacían era grande; pero aconteció que, frecuentemente, una gran multitud de hombres, mujeres y niños se reunió en aquella plaza, bailando, jugando y gritando fuertemente, con perjuicio del silencio y recogimiento de la casa religiosa y de las funciones de la iglesia. Informado de este estado de cosas, y sabiendo que no se podía impedir aquel abuso, Cayetano ordenó que sus religiosos regresasen a Venecia, a fin de que la observancia regular no sufriese daño.

En aquella cuadra apareció un pastor cismático que desparramaba entre el pueblo doctrinas erróneas y hetéricas, fingiendo mucha piedad y penitencia. Era el lobo entre las ovejas. Cayetano, lleno de celo por la fe, consiguió, con mucha caridad,

convencerlo de error. El pastor convirti6se sinceramente, se visti6 de saco, hizo penitencia p6blica y repar6 el esc6ndalo dado. Ganando aquella alma, Cayetano libr6 much6simas almas de la herej6a y de la perdici6n.

Notemos de paso que el perfume de sus virtudes, as6 como de las de sus compa6eros, atra6a numerosas vocaciones a su Instituto, que iba creciendo en n6mero y santidad.

Fu6 tambi6n en aquel tiempo que Cayetano, con la Cooperaci6n de Carafa y de otros, orden6 las Horas can6nicas que, con licencia del Papa, fueron usadas en el Instituto. Clemente VII, conociendo el deseo de Cayetano de ver el Breviario y el Misal reformados y usados en toda la Iglesia, encarg6le de este trabajo, lo que revela el concepto de piedad y doctrina en que eran tenidos Cayetano y sus compa6eros. Las condiciones del Breviario eran lamentables y hasta ilustres sacerdotes sent6an adversi6n, por no decir horror a recitarlo. Recibido el encargo oficial, Cayetano y los suyos pusi6ronse a perfeccionar la obra anteriormente iniciada: era necesario corregir, expurgar, hacer cuanto fuese necesario para que el Breviario y el Misal se volviesen dignos de ir a las manos de los sacerdotes y servir para las

preces públicas que la Iglesia dirigía al Altísimo.

Entre tanto, sólo en 1568, cuando Cayetano ya dormía en la paz del Señor, esos libros litúrgicos reformados se volvieron obligatorios. Grande, sin embargo, fué el mérito de los Clérigos Regulares en esta excelente reforma.

Antes de cerrar este capítulo tenemos que recordar que D. Giberti, el celoso obispo de Verona, no habiendo conseguido la obediencia del clero y de los fieles en lo referente a reforma de costumbres, de nuevo se dirigió a Cayetano, pidiendo y suplicando que fuese a Verona, donde en otra época había hecho tanto bien, para emprender aquella obra de Dios.

El Santo aceptó la invitación y, en poco tiempo, dejó toda la diócesis reformada y regresó a Venecia a fin de retomar su vida de piedad, de caridad, de celo apostólico. Cayetano era, en verdad, un cazador de almas.

TRABAJOS DE CAYETANO EN NAPOLES



La fama de santidad de Cayetano y de sus compañeros se había difundido por la península y había llegado a Nápoles, donde pronto se comenzó a trabajar activamente para obtener un grupo de esos religiosos. Pero, ni las repetidas cartas, ni los enviados especiales consiguieron su intento: los Teatinos no se decidían a aceptar una fundación en Nápoles. Se dirigieron, finalmente, al Papa, para que resolviese la cuestión, tanto los Teatinos como los Napolitanos. El Papa Clemente VII, el 11 de febrero de 1533, ordenó, en virtud de obediencia, que los religiosos aceptasen la invitación y fundasen, en aquella ciudad, una o más casas.

De esa primera fundación fué encargado el pro-

pio Cayetano. Así disponía la Providencia que toda Italia, de norte a sud, experimentase los efectos del apostolado ardiente de ese santo varón.

El viaje era largo y penoso; pero Cayetano y su compañero Marinoni hicieron de él un prodigio de pobreza, humildad, paciencia y oración.

Pasando por la Ciudad Eterna, visitaron a su gran amigo D. Giberti, que los condujo a la presencia del Santo Padre. Habiendo recibido la bendición del Papa, los dos evangelizadores de la paz, pusieronse nuevamente en camino de Nápoles, donde fueron recibidos con grandes demostraciones de regocijo, especialmente por parte del Conde d'Oppido. Este generoso señor ofreció a los dos religiosos una casa conveniente cerca de la Iglesia de N. S. de la Misericordia. A Cayetano le agradó tanto la casa como la Iglesia y, sin demora, escribió a Carafa, pidiéndole más religiosos, a fin de mejor atender a los trabajos y a la observancia regular. Le fueron enviados seis cofrades, siendo él nombrado Superior de la casa de Nápoles.

Bajo la dirección del Santo la nueva fundación volvióse un centro de intensa vida espiritual, cuyo ejemplo contribuyó mucho a la conversión y santificación de innumerables almas.

Todos estaban satisfechos, menos Cayetano, que, al lado de la vida contemplativa, deseaba un campo más vasto para el celo y actividad de sus religiosos que debían ser también apóstoles, esto es, dedicados al bien de las almas.

El conde d'Oppido, muy generoso y aficionado a la familia religiosa, además de las abundantes limosnas que les enviaba, quiso dotarlos de rentas permanentes, que garantizarían el sustento de los religiosos para siempre. Pero Cayetano, queriendo vivir de los cuidados de la Providencia, opúsose tenazmente à la propuesta de su gran bienhechor, alegando que, durante diez años, tanto en Roma como en Venecia, habían vivido de lo que la Providencia les enviaba.

Cuando le replicaron que las condiciones, tanto en Roma como en Venecia, eran muy diferentes, respondió: "Si Venecia y Roma son diferentes de Nápoles, el Dios de Roma no es otro que el Dios de Nápoles".

Y viendo que las palabras no bastaban, tomó una resolución heroica: huir de aquella casa, donde la riqueza lo perseguía, y procurar un rinconcito más pobre. Reunida su familia religiosa, ordenó que todos lo acompañasen, llevando nada más que el

Breviario en la mano y la confianza en el corazón. Cerró la casa y devolviendo las llaves al Conde, mandóle decir que iba a experimentar si el Dios de Nápoles no era el mismo de Venecia.

¡Escena maravillosa esta fuga singular! ¡Simple pero sublime!

El Conde comprendió la lección. Viendo que Cayetano, a pesar de sus instancias, no volvería a la casa antigua, pidióle que, al menos, aceptase los muebles para la otra casa. El Santo accedió a ese pedido y tomó también la dirección espiritual de su benefactor, conduciéndolo a una vida ejemplar y fervorosa.

Los napolitanos, luego que supieron la fuga de los religiosos, temiendo perderlos para siempre, proveyeron para que otras casas les fueran ofrecidas para escoger. A Cayetano le pareció bien aceptar la oferta de una virtuosísima señora, que puso a su disposición una casa junto al hospital de incurables, del cual era directora.

Donde había dolor y miseria, ahí estaba Cayetano a disposición, desenvolviendo su apostolado de caridad y abnegación.

Cabe narrar aquí un hecho prodigioso, un verdadero milagro. Un Hermano coadjutor de aquella

residencia se fracturó desastrosamente una pierna. En poco tiempo apareció la gangrena, que, según los médicos, si la pierna no fuese en seguida amputada, llevaría a una muerte segura. Cayetano resolvió recurrir a la Providencia, en quien jamás fallara su confianza. Mandó demorar la operación y pasó la noche entera rezando. De madrugada se dirigió en silencio al cuarto del paciente y lo exhortó a recurrir a S. Francisco de Asís; en seguida des envolvió la pierna fracturada, que estaba horrible, la besó, trazó sobre ella la señal de la cruz, la vendó de nuevo y se retiró. Por la mañana llegan los médicos para la operación, pero encuentran al enfermo reposando tranquilamente. Maravillados, descubren la pierna y he aquí que comprueban que está perfectamente sana, como antes de la caída. No había duda, allí había ocurrido un milagro. Interrogaron al agraciado el cual les contó lo que ocurriera durante la noche.

Salieron, pues, los médicos y desparramaron por toda la ciudad la noticia del prodigio obrado por Cayetano. Grande fué la admiración de todos, pero mayor todavía la turbación del santo, que se veía traicionado, a pesar de haber empleado todos los medios para que el milagro no le fuese atribuído.

Crecía la edad de nuestro Santo y con ella se perfeccionaban sus virtudes y se dilataban los deseos y aspiraciones de su grande corazón. La esfera de sus actividades le parecía cada vez más estrecha, pues el ardor de las continuas reformas le devoraba el alma. Hubiera querido reformar, si le fuese posible, el mundo entero. Cuidaba de mil modos la reforma del pueblo, habiendo obtenido gran éxito, principalmente mediante las Congregaciones del Divino Amor. Empeñábase en la reforma del Clero, fundando para ese fin el Instituto de los Clérigos Regulares.

Ahora lo veremos dedicarse de modo especial a la santificación de la mujer. Para ese fin funda, en colaboración con la piadosa directora del Hospital de Incurables, un monasterio de santas vírgenes, que observarían la rigurosísima regla de S. Clara de Asís. Durante tres años fué Cayetano el director, el guía espiritual de esas almas elegidas; de ahí en adelante, a instancias de Cayetano, la asistencia religiosa de las mismas fué por el Papa Paulo III confiada a los Padres Capuchinos.

Otra empresa mucho más ardua, pero no menos saludable, venía ocupando el espíritu emprendedor de Cayetano. Como acontece en general, en los gran-

des centros, también en la ciudad de Nápoles era considerable el número de mujeres de mala vida que hacían a las almas un mal enorme. El corazón de Cayetano sufría viendo a Dios tan ofendido. Con sus oraciones, penitencias, predicaciones y amenazas no rara vez reconducía alguna de aquellas infelices al arrepentimiento. Comprendió, sin embargo, que era indispensable fundar un abrigo o recogimiento para aquellas que, sinceramente arrepentidas, quisiesen santificarse por una vida de penitencia y expiación. Para llevar a cabo tal empresa procuró la colaboración de una señora de grande virtud y autoridad, como era la Duquesa María d'Agerbo. Con la debida licencia de la Santa Sede, abrió la Casa para las magdalenas e inició luego una campaña de saneamiento. Con el fuego del Amor Divino en el corazón, vestido de cilicio, una cuerda al cuello y el crucifijo en la mano se dirigió varias veces a las casas sospechosas a fin de predicar la santa penitencia. Y lo hizo con tanta fuerza y bondad que muchas de aquellas desventuradas se declaraban dispuestas a dejar aquellos antros de pecado y a consagrarse a Dios.

Bajo la dirección del Santo y de la sabia directora, las penitentes allí recogidas llegaron a formar

una edificante comunidad religiosa. Fué Cayetano que, con energía, paciencia y caridad, consiguió transformar aquellas almas, purificándolas, instruyéndolas y elevándolas al amor purísimo de Jesucristo. En poco tiempo la casa por él fundada pudo abrigar cerca de trescientas penitentes arrancadas a las garras del demonio y consagradas al Cordero Inmaculado. Esto representa un importante triunfo de orden social y moral.

Contribuyó también a la reforma y enfervorizamiento del monasterio napolitano de la Sapienza, del cual era Superiora la virtuosa Madre Carafa, hermana del ilustre compañero de Cayetano. Muchos otros monasterios siguieron el ejemplo de la Sapienza, y así, la restauración católica prosiguió firme en todos los sectores.

En estos trabajos había llegado Cayetano a los 55 años de edad, años ricos en santísimas obras, muchas de las cuales, debido a la estrechez de esta biografía, ni siquiera podemos mencionar. Pero lo que queda dicho nos da una idea de la alta santidad de este nuestro héroe.

LUCHAS Y VICTORIAS



Mientras el Santo Trabajaba, el enemigo no dormía. Sobre Nápoles, teatro de su celo ardiente, pesaba la amenaza de un serio peligro que, si no fuera descubierto y combatido inmediatamente, habría sido fatal para la fe católica.

Al mismo tiempo que en Alemania la obra de Lutero ganaba terreno, no cesaba el heresiarca de enviar emisarios a otros países, especialmente a Italia, centro del catolicismo que pretendía aniquilar. Trabajaban esos emisarios —entre los cuales había hasta eclesiásticos y religiosos— velada pero eficazmente, desparramando el veneno de la herejía disfrazadamente en pequeñas dosis.

Hacían propaganda herética, en Nápoles, princi-

palmente tres individuos dotados de raras cualidades para eso: Juan Valdés, Pedro Mártir Vermiglio y Bernardo Ochino. El primero era secular y en frecuentes reuniones explicaba la Biblia a la manera protestante; el segundo, indigno abad de un convento, usaba del mismo sistema; y el tercero —Ochino— era el famoso predicador que, en los púlpitos de la ciudad, bajo el velo del lenguaje florido, infiltraba en el ánimo de los oyentes el error luterano.

El peligro para Nápoles era gravísimo y habría sido fatal, como dijimos, si el espíritu vigilante de Cayetano no hubiese dado en seguida la alarma. Habiendo asistido a algunos sermones de Ochino, comprobó que él mismo realmente predicaba y propagaba el luteranismo. Como de costumbre, oró, hizo ásperas penitencias y recurrió a los medios humanos para poner coto a aquel nefando abuso. Escribió luego a Carafa —en aquel tiempo Cardenal de la Curia Romana— para que solicitase de la Santa Sede medidas oportunas para destruir el error. Además de eso, en público y en particular, en los púlpitos y en reuniones, todo lo hizo para desenmascarar a la herejía y a sus fautores. No cedió ante serias amenazas, que le hacían los adversarios

y prosiguió, teniendo en vista tan solamente salvar la fe del pueblo.

Los falsos apóstoles fueron desenmascarados y los que se habían dejado engañar abandonaron el error. La Santa Sede, a su vez, condenó y mandó destruir los libros y folletos heréticos no sólo en Nápoles sino también en otras ciudades de Italia.

Fué éste uno de los grandes triunfos de Cayetano, y la gratitud de los napolitanos para con su benefactor fué inmensa e imperecedera.

El Capítulo de los Clérigos Regulares, reunido en Nápoles en 1540, nombró a Cayetano Superior de la Casa en Venecia. Su partida de Nápoles provocó sentidas lágrimas, al paso que su llegada a Venecia despertó ruidoso e incontenido júbilo. Y no faltaba razón para esto, pues, como las otras veces el bien que el Santo hizo a aquel pueblo fué verdaderamente grande.

Trabajaba Cayetano en Venecia, cuando, inesperadamente, apareció también Ochino, el famoso predicador de Nápoles. Venía a predicar la cuaresma tenía recomendación de Pablo III, a quien hábilmente había sabido engañar.

Deploró Cayetano el hecho, y para enterarse de las intenciones del predicador más de una vez fué

a oirlo en la Iglesia de los SS. Apóstoles. Con indecible amargura tuvo que comprobar que el Ochino de Venecia no era diverso del de Nápoles. Ante este hecho y decidido a impedir la propaganda de la herejía, puso en acción todos los recursos de que disponía: oración, penitencia, ayunos, predicación y cartas a su querido Carafa, pidiendo que informase al Papa de lo que pasaba en Venecia.

Ochino fué invitado a comparecer en Roma; de viaje, encontrándose con su correligionario Pedro Mártir, éste lo indujo a ir a Ginebra, donde consumó la apostasía. Felizmente, según algunos historiadores, antes de morir todavía se reconcilió con la Iglesia.

La permanencia de Cayetano en Venecia fué, además, ilustrada de grandes prodigios, de notables milagros, que ni siquiera fueron todos anotados.

En su viaje a Nápoles (1543), navegando en el mar Adriático, desencadenóse tal tempestad que los mismos marineros se juzgaban perdidos y desistieron de gobernar la nave, abandonándola a las ondas y a los vientos furiosos.

Pero la confianza de Cayetano en la Providencia no desfalleció ni disminuyó. Sabía que el auxilio del cielo no le sería negado, pero recelaba de pedir

un milagro a causa de las aclamaciones de los hombres. Encontró al final, un medio de satisfacer su modestia y las exigencias de su corazón conmovido ante las lágrimas de sus compañeros de viaje. Y fué lo siguiente. Después de breve oración y exhortación a la confianza en Dios, lanzó al mar, a la vista de todos, un *Agnus Dei* de cera y ¡oh prodigio!— inmediatamente cesó la tormenta y sobrevino la bonanza.

¿Habr  el así conseguido impedir los aplausos y aclamaciones de los pasajeros?

La llegada de él a Nápoles fué, como era de esperar, motivo de regocijo para toda la ciudad. Pero primeramente se fué a arrodillar a los pies del SS. Sacramento, donde pasó largo tiempo en profunda adoración. Subió después al púlpito y predicó con ser fico ardor sobre el Amor de Jesucristo; en seguida atendió a todos los que necesitaban de su consejo y animación, antes aún de tomar reposo ni alimento.

Podemos decir que Cayetano está en el último período de su vida. Su fervor es cada día más intenso, la unión con Dios más estrecha, el deseo del cielo más vivo. Prueba de ese fervor es el hecho siguiente.

Habiendo oído que su cofrade y cofundador, el piísimo Cardenal Carafa, más tarde Papa Pablo IV, a veces dejaba de celebrar la Santa Misa, no por frialdad, sino porque, no teniendo tiempo de prepararse de un modo extraordinario, como acostumbraba, prefería abstenerse de la celebración: Cayetano, no obstante las incomodidades del viaje, partió ocultamente para Roma, a fin de inculcar a su amigo la celebración diaria. Y consiguió lo que deseaba. En este único hecho hemos de admirar: su ardor eucarístico, su rara prudencia, su libertad franca, y, finalmente su consumado espíritu de sacrificio.

En toda la vida del Santo la nota predominante había sido siempre su ilimitada confianza en la Divina Providencia.

Un día —y el caso ocurrió en esta época de su vida— se aproximaba la hora de la refección y, en casa, no había más que un pan y nada de dinero. La comunidad era entonces numerosa y el dispensero, no sabiendo qué hacer, fué a exponer el caso a Cayetano. Este ordena que los religiosos vayan al refectorio y esperen. Mientras el Santo hablaba ante ellos acerca de la bondad de la Providencia y hacía el panegírico de la pobreza, óyese

sonar la campanilla de la portería. El portero acude, abre la puerta y no ve a ninguna persona; pero un cesto lleno de blanquísimos panes allí estaba y con ese presente del cielo los religiosos se dieron un festín.

¿De dónde venía aquel socorro inesperado? Jamás lo supieron, pero tenían la convicción de que la Providencia más de una vez había obrado un milagro.

En esta época, movidos del justo deseo de verlo todavía una vez, algunos parientes suyos fueron de Venecia a Nápoles, donde él se encontraba. Como eran nobles y ricos, tenían que trajearse y presentarse como tales, lo cual, a nuestro modo de ver, era muy natural. Cayetano, sin embargo, cuando supo esta circunstancia, no sólo no se alegró con la noticia, sino que resolvió no presentarse a los visitantes. Todos los ruegos y las súplicas fueron inútiles. Tuvieron que desistir del intento, admirando el desapego heroico de Cayetano.

Fué ésta una victoria más del Santo sobre sí mismo.

FERVOR Y DEVOCIONES DEL SANTO



El fervor extraordinario con que Cayetano se consagraba a la oración, al recogimiento y a la santificación propia no disminuía, antes bien, aumentaba y hacía más ardoroso su celo por la salvación del prójimo.

Como era brevísimo el tiempo que concedía al sueño, y ninguno a las distracciones, casi todo el tiempo estaba a su disposición; y él lo dividió santamente en dos partes: la noche él la reservaba a la contemplación de las cosas divinas, a la oración: el día era consagrado a los ministerios sacerdotales y a la asistencia a los enfermos, principalmente del Hospital.

En cuanto a los enfermos —que eran numerosos— no sólo les prestaba con gran amor todos los servicios, sino que exhortaba también a otras personas a hacer lo mismo. Con el tiempo tuvo la satisfacción de ver que no pocos eclesiásticos y legos se ofrecían de buen grado para aquella obra de misericordia, pudiendo confiarles la asistencia material y religiosa de varias secciones del Hospital.

El, entretanto, era el modelo de todos. D. Caracciolo, arzobispo de Tarento, describe la actividad hospitalaria de Cayetano, diciendo: “él mismo llevaba para afuera las camas, los colchones, las mesas y, después de haberlos limpiado, componía las camas, los lechos y aseaba todo; y cuando veía que faltaba alguna comodidad indispensable a los enfermos, pedía a sus amigos seculares, hasta con lágrimas, el auxilio necesario”.

En ocasión de un jubileo en la ciudad de Nápoles, redobló su fervor por la purificación de las almas y conversión de los pecadores. En este punto, principalmente, era incansable. El amor de las almas lo consumía. Uno de sus hijos espirituales escribió: “El gran deseo por la salvación de las almas de tal como lo preocupaba, que parecía haber enloquecido”.

Para salvar almas emprendía viajes muy incómodos, sometíase a ayunos rigurosísimos, a las más austeras penitencias y exponía hasta la propia vida. En el negocio de la salvación de las almas, nunca decía: ¡Basta!

El pueblo humilde, los nobles, los príncipes, los preladados, los cardenales, todos se beneficiaban de su celo y ardor.

Penetraba en los monasterios, en los hospitales, en las galeras, y no evitaba ni siquiera los lugares sospechosos, siempre que se trataba de salvar almas. Vivía excogitando medios nuevos, nuevas industrias, nuevos caminos que condujesen a la salvación del prójimo. Tanto los consejos, el confesionario, el púlpito, el altar, como la energía, la mansedumbre, las lágrimas, las humillaciones, las súplicas, la ciencia, todo, en fin, le servía para salvar almas. Para el mismo fin desparramó por todas partes instituciones permanentes de piedad y caridad: sobre todo dió vida a la nueva Religión de los Clérigos Regulares para que perpetuasen en todos los tiempos y lugares la llama de su celo incoercible.

Y no sólo amó a las almas, sino que, como hemos visto, realizó prodigios de caridad en pro de las necesidades y de los menesterosos. Y su celo puede

resumirse en esta palabra: Nada para sí, todo para el prójimo.

De sus santísimas intimidades con Jesús ya hablamos arriba; hemos de añadir que el Divino Amigo de las almas puras se apareció muchas veces a Cayetano, ora bajo la forma de gracioso niño, ora clavado en la cruz. Como niño lo acariciaba y se dejaba acariciar por él.

Después de una cuaresma, que el Santo pasó ayunando y haciendo penitencia, el domingo de Pascua apareciósele el Salvador glorioso para recompensarlo.

Estos y otros hechos no menos admirables son misteriosos de la intimidad amorosa de Jesús con sus almas predilectas: ocurrieron muchas veces también en la vida de otros santos.

De su devoción a María Santísima ya tuvimos ocasión de hablar, al comienzo de esta biografía. Cayetano fué, durante toda su vida, un gran amigo de Dios y un fervoroso siervo de María. Fué tan viva, tan afectuosa, tan confiada su devoción a la Madre de Dios, que podemos llamarlo hijo predilecto de N. Señora. Escribió uno de sus biógrafos que, hablar, predicar o escribir sobre las prerrogativas de la Virgen Santísima eran sus delicias.

Cuando pronunciaba el nombre de María brillaban sus ojos y se le inflamaba el rostro. En los Procesos se lee: “Cuando escribía el nombre de Jesús, como para darle mayor sabor, añádiale el de María, diciendo casi siempre: Jesús, Hijo de María”.

Cuando le era posible, dedicaba a la Madre de Dios las Iglesias que aceptaba o construía para su Congregación. Su Instituto fué puesto bajo la protección, bajo el patrocinio especial de María. Rezaba de rodillas diariamente el Santo Rosario; nutría devoción particular a la Inmaculada Concepción de María; renovaba cada día la consagración a su piadosa madre. Tenía por costumbre no emprender acción alguna de importancia sin antes invocar el auxilio de la Madre de Dios. Devotísimo de los Santuarios de María, ya vimos cómo varias veces peregrinó a Loreto y, cómo, en la noche de Navidad de 1517, fué totalmente favorecido en Santa María la Mayor.

El mismo, a pesar de su profunda humildad, confesaba que debía la conservación de la pureza a María; el pensamiento de fundar un nuevo Instituto le fué inspirado por María; la eficacia extraordinaria de su celo en convertir las almas fué una bendición de María. En una palabra, Cayetano puede

ser considerado una obra maestra de santidad preparada por los cuidados maternales de María.

Angel de corazón y de costumbres, Cayetano tuvo una especial protección de los Santos Angeles, que, como enviados de Dios, muchas veces lo confortaban, defendían y guiaban seguramente a través de los peligros.

No menos tierna y confiada fué su devoción a los santos, particularmente a S. Pedro, patrono y modelo del Instituto; a San Andrés, el amigo de la cruz; a S. José, a S. Jerónimo; a S. Francisco de Asís, inspirador y modelo de su pobreza, y con quien Cayetano tuvo muchos rasgos de semejanza, en vida y después de muerto.

Esos eran sus principales amigos y celestiales patronos en las grandes luchas que tuvo que sostener.

Ya aludimos arriba a los sufrimientos por que tuvo que pasar nuestro Santo. La característica de los imitadores de J. Cristo es la renuncia de sí mismos y la crucifixión del cuerpo y del espíritu.

De Cayetano puede decirse con toda verdad que: oraba como un ángel, trabajaba como un Apóstol y sufría como un mártir.

¡Cuánto sufría su corazón a la vista de las ofensas que los malos hacían a Dios! De él se dice

que “estuvo siempre crucificado con Cristo por amor de las almas”. ¿Y qué decir de sus sufrimientos físicos? Además de las incomodidades inseparables de un alma como la suya, Cayetano sometía todavía el cuerpo a un continuo y crudelísimo martirio por medio de ayunos, vigiliias, disciplinas, cilicios y otras penitencias. Su abstinencia fué simplemente admirable: se puede decir que ayunaba todos los días, tan exiguo y miserable era el alimento que tomaba. A pesar de la sed que experimentaba, fuera de las refecciones no tomaba una gota de agua siquiera. Dormía poquísimos, y no pocas veces sobre el desnudo suelo.

Castigaba el cuerpo y dominaba a la voluntad. Fué tan perfecta su obediencia que mereció el título de “el perpetuo obediente”. Afírmase que la virtud en que más sobresalió fué la obediencia.

Supo, además de esto, combatir y reprimir las pasiones, saliendo siempre victorioso de la triple concupiscencia del placer, de las honras y de las riquezas.

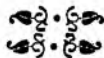
Mucho se podría decir sobre este tema; pero, debido a la concisión de este trabajo, sólo añadimos una palabra sobre su maravilloso espíritu de oración.

De él se dice que "fué un milagro de oración" y que vivía en la tierra, donde trabajaba, pero el espíritu estaba en el cielo. Meditar, contemplar, sumergirse en la divinidad y en la meditación de las perfecciones divinas, tal era la ocupación ordinaria y predilecta de nuestro Santo. Su mente estaba siempre vuelta a Dios, aun cuando predicaba, confesaba, conversaba o viajaba.

Además de raptos y éxtasis, notóse en él, el don de copiosísimas lágrimas, cuando oraba.

Bien podemos decir y afirmar que sus oraciones, sus súplicas, eran siempre escuchadas y que, ahora, su vida espiritual estaba a un paso del cielo y de la celeste visión de Dios.

ULTIMOS DIAS - MUERTE - GLORIFICACION



Una vida admirable, como fué la de Cayetano, no podía terminar a no ser por una muerte igualmente admirable.

Enteramente consumidos de amor y de sufrimientos, el cuerpo y el alma del Santo poseían un tesoro incomparable de merecimientos. El fin no podía, por lo tanto, estar ya muy lejos. Llegado el tiempo, Jesús mismo quiso terminar esta obra maestra de su divina gracia.

Los Procesos Apostólicos narran un hecho que, si no es único, por lo menos es rarísimo en la vida de los santos. Siete días antes de su santa muerte, durante una dolorosa contemplación de la pasión de Cristo N. Señor, apareciósele sensiblemente en

el acto de ser crucificado y le dijo: “Te dí la Cruz desnuda por emblema de tu vida y de tu Religión; ahora deberías tú mismo ser crucificado: pero, en lugar de ello, yo mismo me crucificaré de nuevo por ti.

“No, responde Cayetano, yo soy el que debería ser crucificado; pero como me reconozco indignísimo de tamaña honra, te pido otro martirio, si es posible, todavía más doloroso.”

“Es tu crucifixión lo que yo quiero” —replicó Jesús— y, así diciendo, extendió a Cayetano sobre la Cruz, haciéndole sentir por tres horas todas las penas físicas y morales de la Crucifixión del Calvario, en la medida de que fueron capaces el cuerpo y el espíritu de su siervo.

Transcurridas las tres horas de agonía, Cayetano fué separado de la Cruz y, al mismo tiempo, le fué dicho que dispusiese todo para su próxima muerte.

Después de esta última prueba de dolor y amor, Cayetano estaba preparado para el cielo; pero, para que su muerte fuese digna de un crucificado, debía ser motivada por un sufrimiento supremo y tenida como una expiación por los pecados de los hombres y por el bien de la Patria y de la Iglesia. Y así fué.

Por aquellos días precisamente (1547), en la ciu-

dad de Nápoles, donde se encontraba el Santo, estalla, por motivos políticos y religiosos, una pavorosa revuelta del pueblo y de los nobles contra el Virrey español. De un lado y de otro se empuñaron ferozmente las armas: mucha sangre corrió, desórdenes sin número y sin nombre se cometieron y se acumularon ruinas sobre ruinas. Cayetano, armado de un crucifijo y de su ardiente amor a Dios y a los hombres, salió a la calle: se presentó a las partes contendientes con propuestas de reconciliación, pidió, suplicó, se expuso a toda suerte de humillaciones, pero todo en vano. El odio y la violencia no cedieron y él fué obligado a retirarse con el corazón amargado para entregarse a la oración y al sacrificio de la propia vida que generosamente ofreció por la paz. Y Dios aceptó este sacrificio.

El golpe fué para él fatal. Acometido de altísima fiebre, el fin de su santa vida estaba próximo. Sobrevino, entretanto, otro infortunio, que acabó de abatirlo. Había llegado la noticia de que el Concilio de Trento, del cual tanto se esperaba no sólo para enfrentar la herejía, sino también para promover la santa reforma de la Iglesia, había sido repentinamente suspendido. El corazón de Cayetano sufrió con ello indeciblemente. Otra cosa no le quedaba

que cerrar los ojos a este mundo tan lleno de desolación.

Es de notar que, en los últimos días de la vida del Santo, todas sus virtudes adquirieron un brillo, si es posible, todavía más vivo y resplandeciente. Sobre todo brilló, entonces, su espíritu de pobreza y humildad. El médico propuso una consulta con otros facultativos, para no asumir sólo la responsabilidad de la vida preciosísima de Cayetano. Este, sin embargo, se rehusó resueltamente, alegando que, para un miserable como él, bastaba con un médico.

Le fueron aconsejados algunos especialistas: rehusólos también enérgicamente, diciendo que eran delicadezas indignas de un pobre religioso. Pidióle que, al menos, dejase poner un colchón sobre las tablas en que yacía, a fin de reposar un poco; pero el Santo respondió que no quería dar treguas a los sentidos, cuando la batalla estaba por terminar.

Pidió, a su vez, algunos alivios: la lectura pausada de la historia de la Pasión de Cristo y la santa Comunión que recibió seráficamente.

Continuos y fervorosos eran los coloquios que tenía con el Crucifijo, que afectuosamente conservaba entre las manos.

Llamó junto a sí a sus hijos espirituales para dictarles su testamento: dejábales el ejemplo y la recomendación de la más completa pobreza, de la más ilimitada confianza en la Divina Providencia y del celo más ardiente por la salvación de las almas. Con acento conmovidísimo comenzó a pedir perdón de las ofensas que les hubiese hecho... pero su voz fué sofocada por los sollozos y protestas de los presentes, así que él quedó verdaderamente conmovido. Cesó, en ese momento, de hablar con los hombres para proseguir con más intensidad sus coloquios con Dios y prepararse a la venida de la dulcísima Madre celestial, que no demoraría, conforme le fuera prometido.

Y María Santísima lo visitó de hecho. Solamente él la vió y la oyó y le habló; los otros solamente advirtieron que algo extraordinario, de misterioso pasaba junto a ellos en aquella pobre celda.

Cayetano entregóse en seguida a una calma impasible y extática: y se creyó que estuviera muerto. Vivía todavía, es verdad, pero más en el cielo que en la tierra.

Finalmente, levantando las manos y los ojos al cielo, con rostro alegre y sonriente dió el último suspiro; y su espíritu, llevado por María y escoltado

por los Angeles, hizo su entrada triunfal en el Paraíso. Era la tarde del 7 de agosto de 1547, cuando el siervo de Dios estaba por cumplir 67 años de edad.

Cayetano había terminado dignamente su carrera, había vencido gloriosamente la batalla.

XXX

Réstanos ahora lanzar una mirada retrospectiva hacia ese personaje extraordinario, considerando, en brevísima síntesis, lo que fué en el cuerpo y lo que fué en el alma.

Su estatura, bien proporcionada, era más bien alta que baja: los ojos vivos, sin embargo, graves y modestos, el rostro oval, pero extenuado por las penitencias, denotando siempre gran suavidad; las mejillas un tanto rojas; los cabellos negros y largos; la barba escasa y, como los cabellos, un tanto grisácea; en toda su persona se notaba una bien ordenada y majestuosa nobleza.

Hablaba poco, sonreía sin caer en risas; de toda su persona se desprendía una modesta y cautivante alegría. Poseyó vasta y sutil inteligencia, corazón generoso y magnánimo, voluntad tenacísima.

En cuanto al alma sabemos, por los que con él convivieron, que fué de una pureza angélica, de una piedad seráfica, de una humildad profunda, de caridad ardiente y de una penitencia tan rigurosa cuanto inconmensurable era su odio al pecado.

Santificó con progresivo fervor todas las edades de su existencia: jamás una mancha, jamás flaqueza alguna. Fué predicador y defensor de la verdad, cultor y promotor de la virtud, auxiliar heroico de toda miseria. Llevó su celo santificador a todas partes: a los humildes, a los nobles, a los monasterios, a las iglesias, a los hospitales, a las cárceles, a los patíbulos. Fué sabio fundador, prudente y paterno superior y hermano ejemplar. Deseó como nadie la reforma de la Cristiandad; fué martillo de la herejía; fué virgen, confesor, mártir, apóstol: fué santo y uno de los mayores de la Iglesia.

La santidad de Cayetano hizo que la ciudad de Nápoles corriera a la Iglesia para venerar sus restos mortales. La santidad de Cayetano, apenas él cerró los ojos a este mundo, desarmó la revolución napolitana. La ciudad volvió a la calma inmediatamente, lo que constituyó un verdadero milagro de orden moral.

A pesar de muchos otros milagros obrados por el

Siervo de Dios, su beatificación sólo ocurrió en 1629. Es difícil dar una idea del júbilo, del entusiasmo con que los napolitanos celebraron ese acontecimiento. En toda Italia los festejos fueron grandiosos.

Y, por esto, no es de admirar que, dentro y fuera de su patria, le hayan dedicado numerosas iglesias, capillas y altares.

La devoción para con él, en vez de disminuir, ha aumentado hasta nuestros días; pues, aunque las manifestaciones del culto exterior no sean hoy tan grandiosas como otrora, la confianza de los fieles continúa firme. El pueblo cristiano lo proclamó, simplemente, *Cayetano de la Providencia*: ésta es la mejor síntesis de la vida de nuestro héroe.

En estos tiempos difíciles que atravesamos, sea él para nosotros un intercesor poderoso, que nos ayude en las necesidades temporales, pero principalmente nos conduzca por la senda segura de la santidad y del Cielo.

**MEDITACIONES PARA LA FIESTA DE
SAN CAYETANO**

(7 de agosto)



“Buscad primero el reino de Dios y su justicia; y todas estas cosas se os darán por añadidura.”
(Mt. 6, 33.)

I. — Considera las hermosas virtudes que adornaron la vida de este gran Santo. Tuvo él la ventura de recibir una educación verdaderamente cristiana, particularmente por los cuidados de la madre, que consagró a su hijo recién nacido a la Bienaventurada Virgen y después le recordó reiteradamente la obligación de imitarla. Y el niño correspondió tan bien a estas lecciones saludables, que durante toda la vida fué devotísimo de María Santísima, y desde entonces su única diversión era entregarse a los ejercicios de sólida piedad. Ya hombre, despre-

ciando las vanidades del mundo y conservando intacta la azucena de la pureza virginal, abrazó el estado eclesiástico, en el cual hizo tan grandes progresos en las virtudes, que el Sumo Pontífice lo llamó a su Corte, donde vivió algunos años de gran humildad y desprendimiento.

Con qué sentimientos recibió Cayetano la dignidad del sacerdocio, con qué humildad celebraba el sacrificio divino, puédesse deducir de lo que él escribió a una religiosa su parienta: “Yo, gusano miserable, yo, lodo de la tierra, me atrevo, entre legiones de ángeles, a tocar con mis manos al Criador del mundo... ¡Suprema ceguera mía! Cada día recibo a Aquel que dijo: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y no depongo mi orgullo... Arde en mis manos y mis labios el fuego divino que dice: Yo vine a abrasar la tierra y todavía mi pecho queda frío como el hielo”.

Era tan fervoroso en el espíritu de oración, que oraba casi continuamente. Por lo que, en la noche de Navidad, mientras estaba en la Capilla del Pe-sebre en Santa María la Mayor, en Roma, mereció, en una visión celeste, recibir de las manos de la SSma. Virgen al Niño Jesús.

Alegrándote con el Santo, compara tu vida con

la suya, pon tus virtudes en comparación con las del Santo y propón enmendarte en los puntos en que hayas faltado.

II. — Considera las otras virtudes que adornaron la vida de San Cayetano. Distinguióse en el desapego de las dignidades y de los bienes terrenos, porque renunció a la prelatura, a las comodidades y al oficio rentado de la corte romana, para abrazar una vida humilde, pobre y penitente. Distinguióse en la caridad para con el prójimo, porque a su propia costa fundó hospitales y socorrió a toda especie de necesitados. Se distinguió en el celo apostólico pues convirtió tan gran número de pecadores que fué llamado cazador de almas. Distinguióse, por fin, en la paciencia, sufriendo con admirable tranquilidad de alma las persecuciones, las brutalidades, los malos tratos, las cárceles.

La virtud característica, sin embargo, de este Santo fué su inalterable confianza en Dios. Fué ella la que lo movió a fundar la Orden, que no sólo no tendría bienes ni rentas, sino que también prohibía hasta mendigar, obligando así a los religiosos al abandono en la Divina Providencia.

Regocíjate nuevamente con el Santo, examínate una vez más y mírate en su vida. Mira si no cuidas

demasiado de las cosas temporales y recuerda lo que dice Jesucristo en el Evangelio de hoy: “No os aflijáis diciendo: ¿Qué comeremos, qué beberemos, o con qué nos cubriremos? Porque los gentiles ponen sus pensamientos sobre estas cosas. Vuestro Padre sabe que necesitáis de todas estas cosas. Buscad, pues, primero el reino de Dios y su justicia y todas estas cosas se os darán por añadidura”. A fin de que tengas fuerza para imitar a S. Cayetano, recomiéndate a Dios por los merecimientos del Santo.

Oh Dios, que concedisteis a San Cayetano la gracia de imitar la vida de los apóstoles, concededme propicio que, a imitación y ejemplo del Santo, ponga siempre en Vos mis esperanzas y suspire solamente por los bienes celestes”. Hacedlo por amor de Jesucristo, vuestro divino Hijo y de María Santísima, mi amada Madre.

SEGUNDA MEDITACION



“Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.” (Mat. 11, 19.)

I. — Consideremos que S. Cayetano se distinguió principalmente por su profunda humildad. Pertenecía el Santo a una de las más nobles y distinguidas familias; poseía cualidades y dotes extraordinarias, que lo hacían sobresalir entre todos los jóvenes de la ciudad natal: pero Cayetano prefiere una sola gloria, busca una sola honra, esto es, la humildad de la Cruz, recordando el divino precepto: *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón.*

Pasa por eso sus más bellos años de vida en medio del pueblo simple y pobre; está siempre en contacto con la clase humilde de los obreros, que frecuentan

como él la piadosa hermandad de S. Jerónimo.

Llamado por el Papa a la corte pontificia a causa de sus dotes de sacerdote modelo, rechaza honras y distinciones y vuelve, apenas le es posible, junto al pueblo simple y humilde.

En la Congregación del Divino Amor, a la cual pertenecían personajes insignes, no ejercía sino los cargos más humildes y penosos.

Fundador de una Orden que después se volvió altamente benemérita, por humildad jamás permitió que la misma llevase su nombre.

Obraba señalados prodigios, pero no toleraba que hablasen de ese tema; y, para evitar aplausos, procuraba ocultar lo que hacía.

En fin, ya agonizante, quiso que lo colocasen sobre un cilicio cubierto de cenizas, exclamando: "Mi señor, murió sobre la cruz: oh, dejadme morir al menos sobre la ceniza".

Oh ¡cómo comprendían los Santos el valor de la humildad! A ejemplo de Jesucristo y de los Santos, ejercitémonos en esta virtud. Ellos nos repiten con San Pablo: "Sed mis imitadores como yo lo soy de Cristo".

II — Consideremos que a la par de la humildad, practicó S. Cayetano una paciencia heroica, espe-

cialmente en los graves infortunios por los que tuvo que pasar.

Basta recordar la resignación, la paciencia invencible, con que soportó las mil contrariedades que le causaron los propagadores de la herejía luterana; y lo que tuvo que sufrir en Roma, de parte de la soldadesca que invadió por dos veces su convento. Fueron suplicios atroces, ultrajes brutales, que el Santo soportó con admirable mansedumbre y paciencia.

Y las incomodidades de los penosos viajes y las enfermedades y las innumerables privaciones que sufrió con tanta resignación!

Esa paciencia heroica de nuestro Santo nos da la certeza de que las palabras del divino Maestro: "Aprended de mí que soy manso", estaban siempre presentes en su espíritu.

En nuestra vida cotidiana tenemos muchas ocasiones de practicar la mansedumbre y de soportar con paciencia las incomodidades y contrariedades, amontonando tesoros de merecimientos para el cielo.

Pidamos a S. Cayetano que, con su poderosa intercesión, nos alcance de Jesús Crucificado las virtudes de humildad y paciencia tan necesarias a nuestro progreso en la perfección religiosa.

ORACIONES A SAN CAYETANO

(Pueden servir también para triduo o novena)

V. — Oh Dios, ven en mi auxilio.

R. — Señor, apresúrate a socorrerme.

Gloria al Padre, etc.

I. — Glorioso S. Cayetano, que desde la cuna fuisteis guardado por los Serafines, visitado por los Angeles, adoptado como hijo por María Santísima, os ruego que guardéis y protegáis mi alma.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

II. — Glorioso Santo, que visteis convertirse en flores el pan que ocultasteis para socorro de los pobres, os ruego que me infundáis la verdadera caridad para con el prójimo.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

III. — Glorioso Santo, que gozasteis del don de la paz, que os fué dado por el Espíritu Santo en forma de paloma, refrenad, os ruego, mis pasiones y consoladme en mis trabajos.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

IV. — Glorioso Santo, que en varias oportunidades recibisteis de manos de María, en vuestros brazos al niño

Jesús, os ruego que me alcancéis el verdadero amor de Dios.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

V. – Glorioso Santo, que confiado en la Divina Providencia, merecisteis ver a los Angeles que os socorrían en vuestras necesidades, os ruego me obtengáis una viva confianza en Dios.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

VI. – Glorioso Santo, que, absorto en las divinas contemplaciones, lanzasteis vuestro corazón en el seno del Redentor, os ruego que me deis un vivo deseo de ir a Dios y separarme de las cosas del mundo.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

VII. – Glorioso Santo, que, en un profundo éxtasis, fuisteis admitido a gozar de las espirituales dulzuras del corazón de María y particularmente de los frutos del Corazón abierto de Jesús, os ruego que me alcancéis la pureza de corazón y de espíritu.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

VIII. – Glorioso Santo, que, arrebatado en espíritu, merecisteis sentir en parte los acerbos dolores de Cristo en la Cruz, concededme un poco de aquel intenso deseo en que ardisteis, de sufrir con Cristo y ser crucificado con El.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

IX. – Glorioso Santo, que, muerto por el vivo dolor de las culpas ajenas, fuisteis llevado por la Virgen Santísima al coro de los Serafines, impetradme el dolor de mis pecados, alcanzadme la gracia que deseo y hacedme digno de la gloria eterna.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

Glorioso San Cayetano, con vuestra oportuna asistencia, obtenedme de Dios la deseada Providencia.

Buscad primero el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura.

V. — Rogad por nosotros, San Cayetano.

R. — Para que seamos dignos de las promesas de Cristo.

OREMOS

Oh Dios, que concedisteis a S. Cayetano la gracia de imitar la vida de los Apóstoles, concededme propicio que, a imitación y ejemplo del santo, ponga yo siempre en Vos mis esperanzas y suspire solamente por los bienes celestes.

DEVOCION EN HONOR DE SAN CAYETANO QUE PODRA REZARSE LOS MIERCOLES DE CADA SEMANA Y LOS DIAS 7 DE CADA MES

ORACION

¡Oh glorioso San Cayetano! ¡Maravilloso Abogado y bondadoso protector mío ante la Divina providencia! Tú que enardecido por el celo de la salvación de las almas predicaste el Evangelio, disipando errores, extirpando vicios, dando a los corazones confianza y derramando misericordia, desde el trono de gloria en que ahora estás, dirige una mirada compasiva sobre tantas almas que redimidas con la sangre preciosísima de nuestro Divino Redentor, Cristo Jesús, ignoran culpablemente el camino del cielo, y encaminadas en las tortuosas sendas del pecado se precipitan en el abismo de la perdición.

Haz, bendito San Cayetano, que por lo menos mi familia, mis amigos y en especial aquella persona por cuyo bien espiritual y material también te ofrezco esta práctica devota, no desvíe jamás y en modo irreparable del camino de la verdad.

Concede a todos los que confiados en tu protección imploramos los favores de una especial Providencia, que veamos en el bien que nos alcanzas la eficacia de tu celestial intercesión. Amén.

DEPRECCACIONES

1. Glorioso San Cayetano, por el encendido amor a Dios y a María Santísima en que tu corazón se abrasaba, alcánzame la gracia de que yo y todos los míos, igualmente amemos a Dios y a María Santísima hasta la muerte y por toda la eternidad. Amén.

(Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri).

2. Glorioso San Cayetano, por la singular pureza con que viviste en medio de los peligros del mundo, alcánzame la gracia de conservarme puro y casto y voluntad resuelta para huir de las ocasiones de pecado. Amén.

(Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri).

3. Glorioso San Cayetano, por tu firme confianza en la Divina Providencia, alcánzame los mismos sentimientos, para que mi corazón se abandone totalmente en manos de Dios y nada le falte de cuanto sea necesario para su bien espiritual y material.

(Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri).

4. Glorioso San Cayetano, por tu dichosa muerte, teniendo a tu lado a Jesús crucificado que fortaleció tus últimos momentos; alcánzame la gracia de que muera yo también fortalecido de los Santos Sacramentos y abrazado al Santo Crucifijo, clave mis ojos en El dándole mi último ósculo de amor.

(Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri).

ORACION

Benéfico protector mío San Cayetano, alcánzame la gracia importantísima de mi eterna salvación e intercede por mí y por todas aquellas personas por las cuales entiendo rogar en este día que celebro en honor tuyo.

(Hágase intención de las personas por las cuales se entiendo rogar).

Haz que todos vivamos cumpliendo nuestros deberes de buenos cristianos, y con todas las obligaciones que nos impone el estado, al cual fuimos bondadosamente llamados por Dios. Te ruego también, glorioso San Cayetano me alcances las gracias que necesito, no sólo en el orden espiritual sino también en el material.

(PIDANSE LAS GRACIAS QUE SE DESEAN
CONSEGUIR EN ESTA DEVOTA PRACTICA)

Yo te prometo, agradecido a tus bondades, que seré siempre fiel a la Divina Gracia, preservándome del pecado; seguiré las buenas inspiraciones que el Cielo me envía y en loor y alabanza de tu nombre bendito, confiaré en la Divina Providencia en cuantas obras buenas emprendiere y en cuantas empresas tuviere que realizar.

Concede oh glorioso Santo a los pecadores arrepentimiento; a los justos perseverancia; a los deprimidos firme esperanza; a los agonizantes salvación eterna; paz y descanso a las benditas ánimas del Purgatorio; haz que todos los que somos devotos tuyos y todos los que por méritos de tus devotos y de tus sublimes prerrogativas ante el trono de Dios, hayan de alcanzar el Cielo, seamos felices cortesanos de tu eterna gloria. Amén.

Recemos un Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri, por las intenciones particulares de cada uno de los presentes.

¶. Glorioso San Cayetano recíbenos bajo tu protección. Sed, pues, nuestro refugio en el tiempo de la angustia y tribulación.

ORACION

Todopoderoso y Eterno Señor, que diste gracia al bienaventurado San Cayetano, confesor de tu Santo nombre, para que fiando en tu Providencia menospreciase todo lo terreno, colmándole de bienes celestiales, otorga, Señor, a los que veneramos su memoria, que experimen-

temos los efectos de la misma Providencia, y aspiremos siempre a lo eterno, por los méritos de nuestro Señor Jesucristo. Amén.

ORACION

Para todos los días

Glorioso patrono y abogado nuestro, San Cayetano, a vuestros pies postrados, os rogamos interpongáis vuestro eficaz valimiento para con el Señor, Nuestro Dios, a fin de que su infinita y benéfica Providencia nos guíe, nos proteja y nos gobierne. Iluminad nuestra fe, alentad nuestra esperanza, vivificad nuestra caridad para que siendo buenos cristianos durante nuestra existencia merezcamos siempre gozar de vuestra protección y alcanzar la bienaventuranza eterna. Así sea.

Un Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

JACULATORIA: Glorioso San Cayetano, interceded por nosotros ante la Divina Providencia.

Indice

Prefacio	pag.	7
Primeros años de un santo	»	9
Como se prepara un apóstol	»	19
Sirviendo a la causa de Dios y de la Iglesia	»	31
Primeras obras de celo	»	43
El fuego del celo es comunicativo	»	57
Surge el nuevo Instituto	»	69
De nuevo en Venecia - Intenso Apos- tolado	»	89
El saqueo de Roma - Sufrimientos	»	97
Trabajos de Cayetano en Nápoles	»	109
Luchas y victorias	»	119
Fervor y devoción del Santo	»	129
Ultimos días - Muerte - Glorificación	»	139
Meditaciones para la fiesta de San Cayetano	»	149
Segunda meditación	»	155
Oraclones a San Cayetano	»	160
Devoción en honor de San Cayetano	»	163
Deprecaciones	»	164

**Este libro se terminó de imprimir
en la Tipografía
de las Hijas de S. Pablo
el día 25 de Enero 1956**

